



T. COELHO

MIS

AMORES

PQ9261

.T7

M5

R C



1020028644



COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN DÉCIMO SEXTO

Mis amores

(Cuentos y baladas)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Colección Elzevir Ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. — M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA. — *Oro oculto*, novela.
- II. — VITAL AZA. — *Bagatelas*, versos.
- III. — ALFONSO PÉREZ NIEVA. — *Agata*, novela.
- IV. — NILO MARÍA FABRA. — *Presente y futuro*, nuevos cuentos.
- V. — FEDERICO URRECHA. — *Agua pasada*, cuentos, bocetos y semblanzas.
- VI. — EMILIA PARDO BAZÁN. — *El Tesoro de Gastón*, novela.
- VII. — M. MORERA Y GALICIA. — *Poetas*.
- VIII y IX. — ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tomos I y II.
- X. — CONDE DE LAS NAVAS. — *El Procurador Yerbabuena*, novela.
- XI. — NARCISO OLLER. — *El Esgaño-pobres*, estudio de una pasión.
- XII. — JUAN OCHOA. — *Un alma de Dios*, novela.
- XIII. — ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tomo III y último.
- XIV. — JUAN MARINA. — *Toledo*, tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes de la imperial ciudad.
- XV. — VITAL AZA. — *Ni fu ni fa*, versos.
- XVI. — TRINDADE COELHO. — *Mis amores*, cuentos y baladas.

EN PREPARACIÓN

- MIGUEL RAMOS CARRIÓN. — *Zarzamora*, novela.
ANTONIO DE VALBUENA. — *Santificar las fiestas*, cuentos.
CARLOS FRONTAURA. — *El cura, el maestro y el alcalde*, novela.

Y otros de

ALTAMIRA (Rafael); MORALES (Gustavo); MORERA Y GALICIA (M.); OLLER (Narciso); THEBUSSEM (Dr.); VALERA (Juan); etc., etc.

Trindade Coelho

Mis amores

(Cuentos y baladas)

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS

POR

RAFAEL ALTAMIRA

Ilustraciones de

LUIS GARCÍA SAMPEDRO



JUAN GILI, LIBRERO

223, CORTES, 223

MDCCXCIX

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

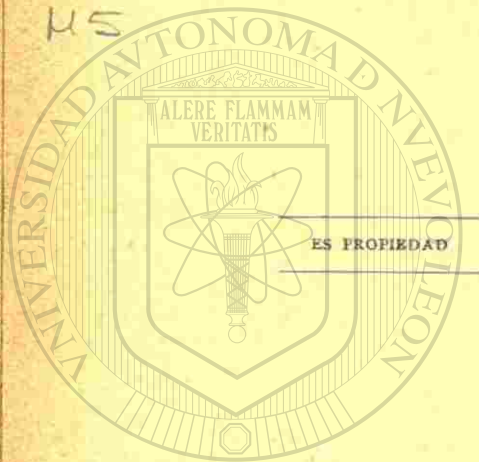
1879

86147

34309

668
A

PQ9261
.T7
M5



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Advertencia preliminar

Cuando, hace apenas cuatro años, se publicó en Lisboa la segunda edición del libro que ahora presento a mis lectores, tuve el gusto de hablar de él en un periódico madrileño, señalándolo al público como uno de los más simpáticos é interesantes que ha producido en nuestros días la literatura peninsular.

El autor de *Os meus amores*, Trindade Coelho (decía yo entonces), nos dá, artísticamente fundido, el *sabor de su tierra*. A veces, recuerda la gracia satírica y la emoción cariñosa de Narciso Oller, á veces el donaire y naturalidad de Pereda; y hay momentos en que llega á un

grado de perfección y habilidad tales en la pintura, que sólo cabe compararlo con nuestros mejores *costumbristas* de otros tiempos.

Trindade Coelho tiene una condición muy rara vez alcanzada por los cantores de la vida rural; y es que ha penetrado el alma de los campesinos, el alma del pueblo; y en vez de lirismo campestre, — que es á lo que llegan los más, — ó de puro paisaje sin figuras vivientes, nos dá verdadera literatura realista, en lo descriptivo y en lo psicológico. Su amor á *la tierra* no es retórico ni externo: vive con sus personajes; y, aunque refinado de cultura, intelectual *erudito*, conoce y comprende las particularidades del alma de los ignorantes y de los humildes. Por esto mismo siente de veras la naturaleza, y sabe, con admirable sobriedad las más de las veces, hacer resaltar la nota justa, revelando aspectos nuevos, emociones muy íntimas, misteriosas y dulces, que á muy pocos es dado advertir. Véase la

prueba de ello en el *Idilio rústico*, cuyo paisaje de amanecer es de un encanto irresistible.

Pero todavía tiene más Trindade Coelho. Es uno de los pocos que han comprendido y se han interesado en contar la vida de seres inferiores al hombre, y en tomar como materia de sus cuentos las relaciones entre aquéllos y éste, nunca tan estrechas y tan *sentimentales* como en el campo. Los eternos y falsos tópicos pastoriles de la poesía cursi, los ha sustituido Coelho por objetos reales del mundo que describe. Las dos narraciones tituladas *Sultán* y *¡Madre!* son verdaderos modelos en este orden; y esa simpatía hacia los animales, — elementos esencialísimos de la vida rural, — no es sólo una nota perfectamente realista, sino, también, un atractivo, nuevo y fuerte, de la obra del poeta. Mayor penetración de este sentimiento yo no la he visto en los literatos peninsulares, si se exceptúa á Juan Ochoa, en su cuento de un gato.

No tiene en rigor desperdicio el tomo de *Os meus amores*. El público portugués y la crítica le han hecho honor acogiendo con excelente éxito; y el gran poeta João de Deus, dijo estas palabras, que resumen muy bien los méritos del libro:

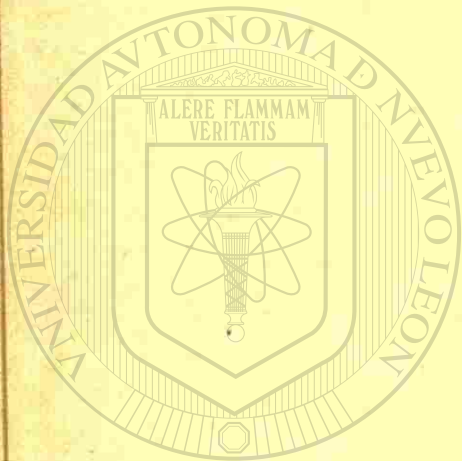
«Hacíanos falta un libro casto, en que pudiéramos purificar el espíritu de esas observaciones fisiológicas y no sé qué más, que todos los días se publican. El libro de Trindade Coelho tiene lo que yo llamo «gracia,» sin poder definirlo exactamente... La «gracia» en literatura es todo, pero es muy rara.»

Trindade Coelho, que es joven, que pertenece a la moderna generación literaria, sigue trabajando, todo cuanto se lo permiten sus quehaceres oficiales en la carrera judicial; y la próxima tercera edición de *Os meus amores* saldrá aumentada con nuevos cuentos de costumbres campesinas (publicados en *A Leitura*, en la *Revista moderna* y otros periódicos), que no cabe incluir en el presente volumen.

Seguros estamos de que los constantes lectores de la COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA gustarán con deleite los méritos del cuentista portugués, y lo convertirán pronto en uno de sus autores favoritos. Pensándolo así, hemos acometido la traducción y hemos puesto en ella los mayores cuidados para desmerecer lo menos posible del modelo (1).

R. A.

(1) Doy las gracias aquí, públicamente, al señor Gonçalves Vianna, quien, por intermedio del propio T. Coelho, ha tenido la bondad de ayudarme en la resolución de algunas dudas y dificultades.

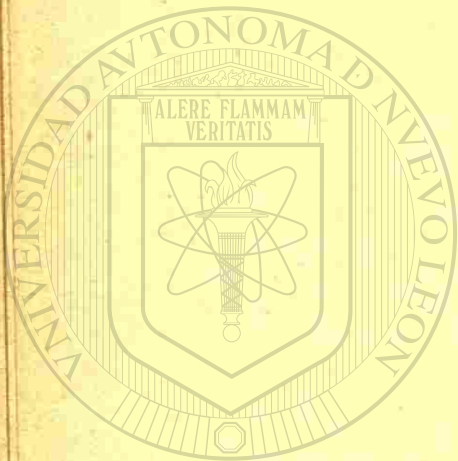


Ultima dádiva

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Última dádiva

Al Dr. A. A. de FONSECA PINTO.

Distante del río apenas un tiro de bala, veíase el huerto de José Cosme; hermoso huerto, aunque de reducidas dimensiones, todo cubierto de frutales y hortalizas, cerrado de viejas paredes musgosas, ahogadas en maleza, y comunicando con el camino por un postigui-
llo mal seguro. Aquello era todo cuanto le quedaba al pobre hombre de sus anti-

guas haciendas: el huerto; á un lado la noria, y junto á la noria, sobre el toldo espeso y brillante de la vieja magnolia gigantesca, la mísera casita, con solo una puerta y dos ventanitas laterales, pero muy pintoresca, con su revestimiento de hiedra que colgaba del tejado, entrelazada con las enredaderas.

Así es que en la primavera, cuando las parásitas abrían serenamente sus delicados cálices sobre aquel fondo de verdura reluciente, y la magnolia toda se adornaba de flores, haciendo dosel á la vivienda, el reducido trozo de huerto con su noria y con su agua brillante y limpia, tomaba el aspecto ingenuo de un delicadísimo cuadro de paisaje, deliciosa acuarela, alegre é idílica, llena de encantos en la rústica poesía de su sencillez.

Durante el verano, en las horas de calor, cuando el sol caía de plano sobre el extenso panorama adormecido y turbio, y los árboles del camino no daban sombra que consolase, aquella tranquilidad con que José Cosme roncaba bajo el cobertizo, los brazos y el pecho desnudos, el sombrerón de paja basta resguardán-

dole el rostro, daba envidia á los que pasaban por allí, cansados y llenos de polvo, flagelados por el estiaje inclemente.

— ¡Tío José! — gritábanle desde el camino. — ¡Tío José! ¡Buena vida nos damos!

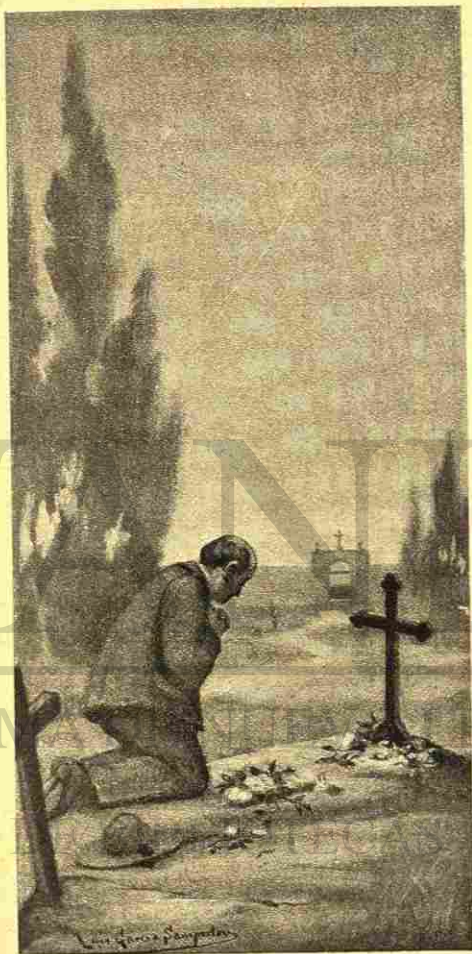
Pero los que entendían de agricultura, propietarios y caseros, esos dejaban dormir á José Cosme y quedábanse admirando el huerto.

¡La verdad ante todo!... ¡Hermoso huerto, sí, señores! Por aquellos contornos no había otro que se le pudiera comparar, tan esmerado era su cultivo, tan esmerado y tan completo; porque, además, ni un palmo de tierra quedaba sin trabajar. En los bancales, dispuestos con agradable simetría, verdeaban llenas de pompa, frescas y con gran medro, legumbres de todas clases, desde la lechuga tiernísima, de hojas verde-claro, agazapada en el cauce húmedo de las regueras, hasta las habichuelas trepadoras, que, enroscadas, subían por el vasto rodrigón de castaño colocado con toda pulcritud, formando macizos de verdura sombría, que las cápsulas del fruto horadaban por todas partes.

Árboles, apenas los precisos para hermosear el huerto sin perjudicar con la sombra la libre vegetación de las hortalizas; pero todos los que había eran abundantes en frutos en las estaciones correspondientes: cerezas, peras, manzanas, hasta melocotones.

Pocas flores, cosa que todos notaban con extrañeza. Pero desde que se le murieron la mujer y la hija, José Cosme había dejado de cultivar las flores, y en los bancales que antes ocupaban, sembró repollos, que por cierto saltan desmedrados. Cuidó tan sólo de que no pereciesen los aleltes. Una vez por año, á fines de Mayo, los cogía todos de una vez y los llevaba juntos á la humilde sepultura de sus muertos.

Precisamente aquella tarde había ido al cementerio para cumplir su fúnebre visita. Cuando se retiró, era ya de noche. Apenas acabó de cenar, levantóse bruscamente de la mesa y fuese hacia el huerto, con grandes deseos de llorar. Hallábase en sus horas tristes, en esas horas en que las energías todas de su alma, y hasta las de su cuerpo, doblá-



banse bajo el látigo de un violento dolor, exacerbado ahora por la nostalgia de los que se le habían muerto... Y para mayor desgracia, había perdido el consuelo de las lágrimas. De modo que, sin ese lenitivo, aquellas terribles tempestades costaban de soportar el doble. Abstraído, en una especie de entorpecimiento idiota, recorría sin descanso todas las calles del huerto, cabizbajo, agobiado, como un autómatas. Si de vez en cuando se paraba recogiendo en una atenta quietud, al punto un brusco gesto descomponía su inmovilidad de estatua, y soltando un hondo gemido, tornaba de nuevo á andar.

— ¿Vienes ó no vienes? — preguntaba evocando con penoso esfuerzo la imagen de la mujer ó de la hija. No venía; y cuando se mostraba, era como un relámpago, que presto desvanecíase.

En esta lucha con su dolor, iban pasando las interminables horas. Era ya tarde, tal vez la una de la madrugada. Por única luz la de las estrellas, pues



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la luna salía tarde. Pesaba sobre todo el paisaje el amplio silencio de la noche, apenas cortado, á lo lejos, por la soñolienta melopea del río.

Un muchacho que iba por el camino, miró por casualidad hacia el huerto de José Cosme, y vió un bulto que se mostraba de improviso y desaparecía luego rápidamente en un ángulo, donde la sombra era más densa.

— ¡Misterio tenemos!... — murmuró para sí el rapaz.

Y, junto á un árbol, quedóse acurrucado, esperando. No pensó que fuese José Cosme; aquello debía ser algún pícaro ratero que venía allí á hacer de las suyas. Agachóse para buscar una piedra. Cogió dos, por si con la primera no acertaba.

— ¡Perro del diablo! — exclamó por lo bajo el muchacho, colocándose en posición de lanzar la piedra. — Aguarda, que te voy á arreglar... — Y ya iba á tirarla en dirección del sitio, cuando el bulto salió de la sombra y tomó por un sendero, derechamente hacia el punto donde estaba el rapaz.

— Mejor. Te ponés más á tiro...

É inclinándose un poco sobre la pared, miró el bulto que avanzaba, tratando de conocerlo. Quien quiera que fuese, traía la chaqueta sobre los hombros y le blanqueaban las mangas de la camisa. En medio del sendero, precisamente enfrente de él, paró. Entonces fué cuando el muchacho se acordó de José Cosme. El *bulto* parecía, en efecto, ser el de éste; recordaba ahora haber oído que el pobre hombre, cuando le atormentaba la nostalgia de la mujer y de la hija, pasábase las noches en claro, recorriendo como un loco aquellos andenes por donde ellas iban en otro tiempo.

Cuando oyó sollozar, acabó de convenirse. Instintivamente, dejó caer las piedras y preguntó:

— ¡Tío José! ¡Tío José! Soy yo, Luis... ¿Qué le pasa á usted?

El labrador no respondió; parecía que ni siquiera hubiese oído. El muchacho insistió:

— ¿Le duele á usted algo, tío José?

— ¡No me duele, no! ¿y sabes qué te digo? pues te ruego por las almas del

Purgatorio, que me dejes. Bastante me atormentan mis aflicciones. Anda con Dios, anda.

El muchacho quedó sorprendido, triste por el tono de súplica dolorosa que José Cosme diera á aquellas palabras; y retiróse silencioso, casi aterrado con la idea de que podía haber matado al pobre hombre, de haber acertado con la pedrada.

Entretanto, la noche iba avanzando, grave, triste, sin otro rumor que el de las aguas del río. Y José Cosme, sin salir de su preocupación, iba y venía por las calles del huerto, parecido á un autómeta ó á un sonámbulo. Á veces, acercábase á la puerta de la casa y poníase á escuchar. Como nada oía, tornaba nuevamente á su paseo. En esto, una de las veces que pasaba frente á la cancela, parecióle oír pasos:

— ¡Tomás!

— ¡Señor José! — respondió el que entraba, con voz que era la propia del barquero.

Cosme sintió entonces un gran deseo de llorar; pero, mordiéndose los labios, lo dominó. Como el barquero extrañase hallarlo levantado, él hizo notar que no se había acostado siquiera.

— Como tenía que madrugar...

— Pues ya es hora de partir, señor José; son cerca de las dos. No tardará en amanecer. — Y al llegar á la puerta de la casa: — Sería bueno despertar al chico, — añadió; — entre si se viste ó no se viste, llega la hora. — Irían á vela, si no cambiaba el tiempo. Era, pues, conveniente apresurarse.

Pero á la idea de tener que despertar al chico, José Cosme dejóse caer sobre el banco que estaba debajo del cobertizo, y rompió á llorar copiosamente.

El barquero, enternecido, trató de animarlo.

— ¿Y eso, señor José?... El llorar es cosa de mujeres. ¡Miren qué hombre! — Y probaba á levantarlo, á ponerlo de pie. — ¡Límpiese las lágrimas, que va usted á afligir al chico! No querrá usted que vaya llorando todo el camino.

Cosme hizo rudamente con la cabeza

un movimiento negativo, y se enjugó los ojos con la manga de la camisa.

—Ahora, levántese. — Y lo aseguró con fuerza por bajo de los brazos. — ¡Así! Porque el chico se marche al Brasil, no crea usted que no ha de volverlo á ver más.

Pero eso era precisamente lo que él pensaba...

—No sé por qué, creo que no volveré á ver al chico, — añadió llorando José Cosme.

—¡Qué tontería! Esas son aprensiones que asaltan á los hombres cuando están tristes. Lo verá usted tal que no ha de conocerlo; se lo digo yo. Año arriba ó abajo, aparecerá por aquí, rico...

¡Rico! Bastante le importaba á él que el chico volviese rico ó no. Lo que deseaba era que volviese, y que él todavía estuviera vivo, sólo para abrazarlo.

—Claro que sí, más era preciso conformarse; había que tener paciencia: José Cosme debía animarse para animar al chico, — recomendaba el barquero.

—Sí... sí... — tartamudeaba Cosme. — ¡Vamos allá, con Dios! Así como así...

Y con un profundo ¡ay! dolorosísimo, fuese derecho á la puerta para llamar al pequeño. No cabía remedio; había nacido en mala hora, tenía que ser desgraciado hasta que lo enterrasen... Sobre la estrecha y humilde cama, el hijo dormía profundamente. ¡Qué pena tener que despertarlo! Viniéronle tentaciones de despedir á Tomás y dejar dormir al niño. ¡Quién sabe si su suerte futura, si su vida entera valdría tanto como la dulce tranquilidad de aquel sueño! No tenía valor para despertarlo y hacerlo vestir; era casi un pecado romper aquel último sueño dormido bajo el techo paterno... ¡El último sueño! ¡el último sueño!

—Si esperáramos á que despertase... — atrevióse á decir el triste.

Pero Tomás, que tenía prisa, recordó secamente que era hora de poner el barco en marcha.

José Cosme encendió entonces la vela, temeroso de que la luz despertase al niño, y acercándose á él, se puso á escucharle la respiración. ¡Dormía!... Mas, blandamente, le puso la mano so-

bre la cabeza y le llamó bajito, casi al oído, besándolo, sobresaltado como si



fuese á cometer un gran crimen:

— Hijo, mira qué es hora, hijo mío...

Cuando el pequeño se sentó en la cama, estremecido, dominado todavía por el atontamiento del sueño, cerrando los ojos ante el vivo resplandor de la luz, el padre se unió á él en

un abrazo, y ambos rompieron á llorar.

— ¡Adiós, padre!

— ¡Adiós, hijo!

Enternecido Tomás, que se había quedado en la puerta, avanzó para desatar aquel abrazo.

— ¡Mire usted que es tarde, señor José! Perdone, pero es tarde.

El padre vistió al pequeño, besándolo todavía muchas veces, y salieron. Debajo del cobertizo, Joaquinito quedóse un momento mirando el techo.

— ¿La golondrina, hijo?— preguntó José Cosme. — Deja, que yo velaré por ella y por los hijos cuando los tuviere. Descuida.

Pero el chico quiso verla, pidió al padre que lo levantase en alto, sólo un momento. Allí estaba ¡pobrecilla! Sintióla estremecerse cuando la tocó con los dedos...

— ¡Adiós! — dijo el pequeño...

Bajó entonces los brazos el padre, y tomando al cuello al hijo, echó á andar. Detrás de ellos, el barquero llevaba al hombro el mísero baúl de pino, todo el equipaje de Joaquín.

Al traspasar la cancela, José Cosme detúvose un poco y preguntó sollozando:

—¿Cuándo volverás al huerto, hijo mío?

El pequeño no respondió. Lloraba sin cesar, viendo que lo separaban de todo lo que amaba en el mundo: la golondrina; después de la golondrina, el huerto, los árboles, la vieja noria, la cancela, todo, en fin.

Atravesaron luego el camino y tomaron hacia el río. Cuando lo oyeron murmurar, apretaron más el abrazo, diéronse un largo beso, húmedo con las lágrimas que ambos derramaban. ¡Ah, cómo deseaba el triste padre que el río estuviere todavía lejos, muy lejos, que huyese delante de ellos, de modo que nunca lo alcanzasen! Pero, he aquí que comenzaba la arena; divisábase ya próximo el bulto obscuro del barco, en que los tripulantes hablaban en voz alta.

—¿Estamos listos? — preguntó todavía de lejos Tomás.

Respondieron del barco que no había más que echar á andar, porque la luna iba á salir.

Al fin, llegaron. En los momentos de silencio ofanse los sollozos de ambos, que parecían prolongarse infinitamente, con su expresión de angustia, sobre el correr monótono de las aguas... Aquello enterneció al barquero; también él era padre... Por eso, apenas llegaron á la orilla del río, apresuróse á decir al pequeño:

—Ahora, Joaquinito, besa la mano á tu padre y dile adiós.

Sonó un llanto desgarrador, y la voz del pobre José Cosme, que trataba de animar al niño:

—Vamos, hijo mío... Dios te bendiga, mi amor... Nuestra Señora te acompañe.

—É hízole prometer que rezaría siempre á la Virgen y él también le rezaría, pues Élla era quien daba salud, quien hacía felices á los hombres.

—No te olvides de Élla, ni de las almitas de tu madre y de tu hermana...

Pero el chico lloraba cada vez más, agarrado al cuello de su padre, besándolo ansiosamente, acariciándolo, sin fuerzas para decir palabra. Y con esto, José Cosme, perdida la esperanza de animar al hijo, tan sólo exclamaba desvariado:

— ¡Válgame Dios! ¡El Señor me valga con su infinita misericordia!

Y Joaquín, siempre cogido á él, besábalo en la cara, en la cabeza, en las manos; hasta que intervino Tomás, advirtiendo que era preciso salir de allí, de una vez.

— Reflexione, señor José; ello tiene que ser...

Y asegurando fuertemente al pequeño, lo atrajo hacia sí. Cuando ya lo tuvo en los brazos, oyóse á José Cosme que suplicaba con las manos cruzadas:

— Sólo un instante, un instantito de nada, Tomás.

Y el pobre padre cayó de hinojos en la arena, en actitud de súplica.

Pero en aquel momento, el barquero entró de un salto en la barca, llevando el chico en brazos.

— ¡Rema! — ordenó con voz rápida.

La lancha reculó entonces súbitamente, á la vez que los remos hacían ¡chás! sobre el agua.

Entonces los lloros de José Cosme hicieron de una violencia desesperada, al oír la voz lacrimosa del pequeño, que le decía adiós desde la barca.

— ¡Adiós, Joaquín, adiós!

— ¡Adiós, padre!

— ¡Adiós!

Pero, de repente, con voz firme y resuelta, José Cosme gritó en la dirección del barco:

— ¡Tomás, Tomás! Por el alma de tu padre, detente un momento.

¡Se acabó! Hubo de costarle esfuerzo tomar aquella resolución, pero ya era mejor quedar solo del todo. Y asegurando entre los dientes un objeto, tiró sobre la arena la chaqueta y de un salto echóse al agua. Tomás, que oyera el chapuzón del cuerpo, hizo retroceder la barca; pero José Cosme, veterano é intrépido nadador, con media docena de braceos alcanzó pronto la quilla. El hijo habíase inclinado sobre la borda, con el ansia de esperar al padre, de verlo todavía una vez. Con un movimiento rápido, José Cosme entregó al pequeño lo que llevaba entre dientes, diciéndole anegado en llanto:

— Es la medalla, Joaquín; ¡es la medallita de tu madre, hijo mío!... Rézale, ¿eh?

Y llorando cada vez más, el pobre José Cosme pidió al barquero que le acercase el pequeño para darle el beso último... Dado el último beso, la barca se puso en marcha nuevamente. Acababa de salir la luna, enorme, torva, de color de fuego, como si saliese de un baño de sangre en misteriosa región de lágrimas... Y en el silencio agorero de la noche, — apenas roto por el monótono batir de los remos y por el bracear desalentado del triste nadador, — a la voz del hijo que llamaba respondía cada vez de más lejos — ¡lejos como si fuera del infinito! — la voz lacrimosa del padre, con su fúnebre adiós, que bien sabía él que había de ser eterno...

* * *

Sólo cuando el eco del último adiós de Joaquín, perdido en la distancia, diluido en la luz que surgía, deshecho en el lastimero murmullo de las aguas, fundido en el postrer suspiro del aura matinal, dejó de llegar á la playa, aban-

donó el pobre el arenal y marchó, siempre llorando, tiritando del frío de su desgracia como de un agudísimo viento del Polo, en dirección del silencioso huerto...





Idilio rústico

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

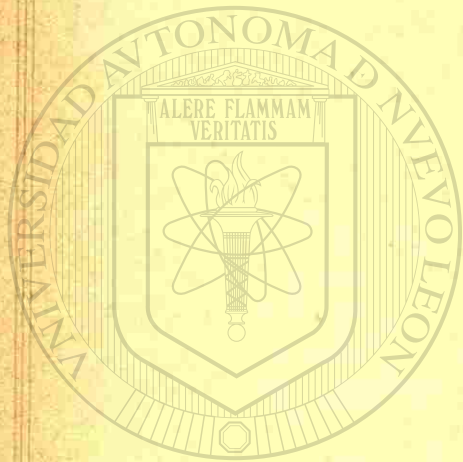


Idilio rústico

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A FIALHO D'ALMEIDA.

Quando atravesó el pueblo, calle abajo, con el rebaño tras él, era aún muy temprano. Á lo largo de las tortuosas calles, las puertas permanecían cerradas, y ni

el más leve ruido salta de las habitaciones. Dormíase á pierna suelta en todas las casas. Apenas si un chuchó, súbitamente despertado con sobresalto por el tintinear de los cencerros, ladraba desde lo alto de las escalerillas de piedra en que quedara de guardián, ó dentro de los corrales, donde pasó la noche en

compañía de los novillos. De vez en cuando, gallos madrugadores entonaban sonoras dianas, que eran como vibrantes risas de bohemios que anduviesen á deshora en alegre francachela...

Mas, pasadas las últimas casas, condensábase el silencio por todos lados, en una gran paz de templo desierto. No había alma viviente en la ladera que conduce al río, por un camino en zig-zag. Brillaban en el cielo de un azul oscuro enjambres plateados de estrellas. En toda su amplitud el paisaje era torvo é indeciso, sumergido en una luz muy mortecina, que ni era la de la aurora ni la de la noche. Presentábase la mañana tranquila; ni siquiera sonaban rumores de brisa en el ramaje de las encinas seculares que guarnecían la calleja por donde se encaminara el ganado. Cigarras, grillos escondidos en la hierba, ranas que cantaban en las charcas, era lo más que se oía por encima del blando rumor de los cencerros. Ni un balido de oveja en todo el ganado, que marchaba sumiso á merced del pastorcillo, parándose si él se paraba á coger las frescas moras de

los zarzales, volviendo á marchar si de nuevo él caminaba.

Cuando pasó junto al melonar de la señora, sonó el disparo de un tiro, que el eco repitió á lo lejos.

— ¡No gastes pólvora, Antonio! — advirtió el pastor. — ¿Oyes?

Y luego la voz del guarda:

— ¡Mucho madrugaste hoy, Gonzalo!

— Ya lo ves. Aquí hay un hombre que no tiene miedo.

— Bueno va. ¡Adiós!

— Salud.

A esta sazón íbase ya definiendo la mañana, en la luz, en el sonido, en el color. Invadía la amplitud de la cúpula celeste una tinta blanquecina, en que las estrellas palidecían. En lo alto, sobre la ladera de enfrente, comenzaban á dibujarse límpidamente las líneas sinuosas de la cresta, donde enormes rocas presentaban actitudes de una inmovilidad misteriosa y siniestra... En este asomo de alborada, las cosas iban despertando lentamente á la alegría vigorosa de la luz. De los setos, bandos de calandrias le-

vantábanse repentinamente, chillonas y alegres, hasta perderse de vista tras los bosques y los cerros. Con el rabo tieso y las orejas inmóviles, el mastín espiaba los matojos secos, por donde algún reptil se deslizaba sin ruido.

— ¡Busca, Turco! — decíale Gonzalo, que tenía miedo á las culebras. — ¡Busca, valiente!

Á medida que iba bajando por la ladera, oíase, cada vez más claro, un murmurar monótono de agua. Era el río, que parecía próximo; pero, antes de llegar á él, era preciso andar un buen trecho...

«Un no acabar de pasos y de paciencia,» — pensaba el pastor, á quien fastidiaban soberanamente las interminables vueltas del sendero. Iba andando, bajando siempre, á la cabeza del rebaño silencioso. Y cuando los zapatos empezaron á pisar arena, y á dos pasos de allí, relucía el agua, bajo aquel cielo todavía estrellado, Gonzalo exclamó:

— ¡Uf! ¡ Por fin! — Y pensaba, ya más tranquilo: ¡Nada más fácil que me hubieran salido los lobos!...

Pero vista á la hora aquella, en medio de tal silencio, la corriente líquida tenía no sé qué de siniestro, que evocaba visiones aterradoras, espectros de los que por allí habían muerto ahogados, en lucha desesperada con el río, clamando en vano porque los socorriesen en tan aflictivo trance. La orilla opuesta era particularmente accidentada, de rocas informes, bloques pavorosos por entre los cuales, en invierno, soplaban lúgubre el viento; y las aguas formaban remolino amenazador para las pobres embarcaciones que se aventurasen incautas, por involuntario descuido — simple remadura á destiempo, maniobra de timón poco firme ó impulso errado de pértiga.

En aquel momento, enormes cerros de un lado y de otro proyectaban sobre el amplio lecho del río su pesada é irregular sombra, que hacía más triste el sitio y como más solitario, pues lo cerraban bruscamente, limitando el paisaje.

Y todo á lo largo de la orilla, el rebaño púsose á beber mansamente, sin el menor ruido.

Advirtió en esto Gonzalo que en la

margen opuesta, un poco más abajo, bebía también un ganado.

—¡Tate, Gonzalo! Aquellos cencerros...

É inmóvil, mordiéndose el labio, atento el oído, pensaba:

—¿Será ella?...



De pronto, estremeci6se. Ante su espíritu infantil pas6, como luz de relámpago, la imagen de una mozueta, pastora como él, con la que se había encontrado otras veces, pero á quien hacía mucho tiempo que no viera.

—¡Si fuese Rosario!... —decía para sus adentros.

É imponiendo silencio al rebaño que acababa de beber, púsose atentamente á escuchar el tintineo de los cencerros que sonaba en la orilla opuesta.

«El rebaño parece el mismo, no hay duda... Ahora, el pastor bien pudiera ser otro que Rosario...»

En esto, se le ocurrió una idea que le hizo sonreír de gozo. Echó sobre el perro la manta y el cayado, y empujando hacia adelante el zurrón hecho de piel de oveja blanca, muerta en tiempo de la siega, sacó de él su flauta y púsose á tocar apresuradamente un trozo de canción rústica.

En el mismo instante, una voz muy sonora grit6le:

—¿Eres tú, Gonzalo?

El pastor se echó á reír.

—¡Hola, Rosario, yo mismo! ¡Dios te guarde, pimpollo!

Y en seguida, la voz fresca de la muchacha, grit6:

—¡No has olvidado el cantar, chico!

—¡Cualquier día se me olvida!... ¿Ois-te, Rosario? Si me lo hubiese enseñado otra que tú...

Al propio tiempo, Gonzalo volvió á

coger la manta y el bastón para ir á reunirse con Rosario. Mas, antes, preguntó:

—¿Paso por el puente, ó vienes tú aquí, chica?

—Ven tú. Por acá hay mejores sitios para las ovejas. ¿Eh?

—¡Conforme!

Y dando la señal de partida, púsose Gonzalo en marcha. Al poco rato el rebaño atravesaba el viejo puente morisco, de construcción severa en sus tres arcos volteados sin elegancia, ahogados por las parásitas seculares que los hermo세aban mucho: hiedra, espinos, ortigas silvestres.

En medio del puente, una mano piadosa había hecho construir una hornacina al Salvador, cuyo rostro sereno, mirando por entre la celosía de alambre, parecía dar ánimos á los trajinantes y barqueros que ante el pequeño y humilde nicho se descubrían respetuosamente y rezaban devotos una vieja oración, que era como talismán precioso para librarlos de mayores desgracias,—naufragios en el río y aún malos encuentros por aquellos caminos escabrosos, que ofrecían un peli-

gro constante para los hombres y las bestias.

De allí á poco, los dos muchachos hallábanse juntos, cada cual seguido por su rebaño.

—¡Viva Rosario!—dijo el pastor con gran alegría parándose ante la rapaza.

—Buenos días, Gonzalo, ¿cómo por acá?

Trabóse entre ellos largo diálogo en que se refirieron mutuamente todo lo que habían hecho desde aquel día en que volvieron juntos de la feria de Caniços.

—¡Por cierto, que nada vendimos en ella!—recordó Gonzalo.

—Muy cierto,—dijo con pena Rosario.

Pero él contó que había venido por allí muchas veces, muchas, siempre con la esperanza de encontrarla. «Mira tú, ha sido un milagro: ¡quién lo había de decir! Él no, por cierto...»

—He estado muy enferma,—respondió tristemente Rosario.

Y como el otro pidiese pormenores, ella se explicó así:

—Unas cuartanas que me tuvieron medio muerta. ¡Mala liendre las lleve!

¡Una fiebre que parecía fuego, desde la mañana hasta la noche!... ¡Buena fué!

Y en su ingenuidad infantil, contó á Gonzalo cómo, muchas veces, en medio de la calentura, soñara con él: que iban los dos por montes y prados, como ahora sucedía « mismamente. »

—¿Así Dios te salve, Rosario?— interrumpió afanoso el pastor, á quien llenaban de orgullo los sueños de su amiguita.

—Así, ¿qué duda tiene?— repitió con firmeza Rosario.

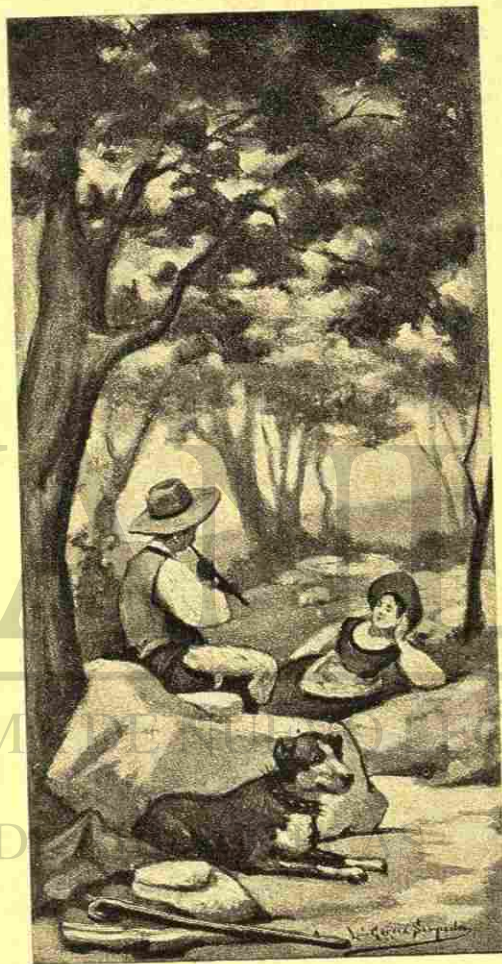
—No,— dijo torciendo el gesto Gonzalo.— No has de decirlo así... Las cosas claras; has de jurar formalmente.

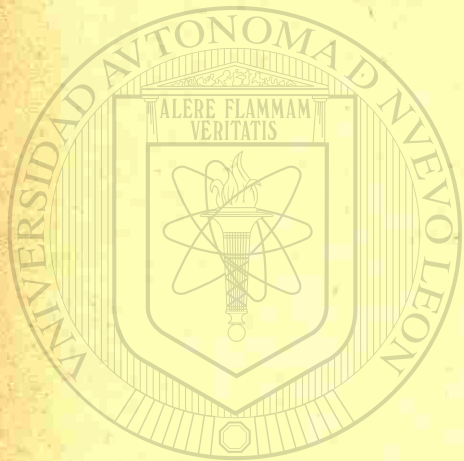
—Pues así Dios me salve...

—Como es verdad... Dilo todo, Rosario,— suplicó el pastor.

—Sí,— repitió pacientemente la compañera.— Como es verdad que soñaba que nos encontrábamos,— concluyó, al fin, muy risueña.

Y sin ocultar su júbilo, al momento le aseguró Gonzalo que tampoco él la había olvidado. « Tanto así, que no cesaba de tocar en la flauta las canciones que ella le enseñara. »





—¿Te acuerdas?

Rosario dijo que sí con la cabeza; y luego, dando palmadas sobre la flauta de madera de saúco, el pastor se apresuró á declarar:

—Salen de aquí sin faltar una.—Y resuelto, añadió:—¡Allá va! Pide por esa boca, Rosario.

Rosario pidió la *Pastorcilla*.

—Es la que más me gusta,—dijo.— Es la más bonita.

—Y lo es,—afirmó Gonzalo.— Escúchala.

Y poniendo los labios sobre la flauta, púsose á tocar la *Pastorcilla*, á la vez que Rosario, á media voz, entraba á tiempo con la letra:

Donde vas, oh pastorcilla,
Ai-li,-ai-li, ai-lé...

—Bien la sabes. ¡Así es!—dijo Rosario riéndose.

—Ni más ni menos,—afirmó gozoso Gonzalo.

Á sus pies habíanse echado los mastines; y ya los dos rebaños, confundidos, pastaban á la par.

— Mira las ovejas juntas, — observó Gonzalo.

— También nosotros lo estamos, contestó sonriendo la muchacha. Las pobres se llevan bien, son amigas.. — añadió con júbilo.

— Y nosotros también, ¿no es eso, Rosario?

— También, — contestó resueltamente la pastora.

Y marcharon á cuidar del rebaño, porque menudeaban las multas y las denuncias.

Al propio tiempo, en el cielo elevado y límpido, la estrella de la mañana extinguióse por fin, y el horizonte comenzó á tomar leves tonos carmíneos. Por toda la bóveda del cielo, la luz fresca y viva de la mañana vibraba en extrañas armonías, que iban despertándolo todo: el color del paisaje y la música de los nidos, cantos de perdiz y rumor de gente en los molinos y atajos. Mañana de verano, serena, tranquila, dulcísima. Llenaba el aire un ex-

traordinario movimiento de alas — alegres bandadas de pájaros que salían de los nidos y acudían á matar la sed al borde del agua; golondrinas que dejaban sus refugios situados en las concavidades de las peñas y dirigíanse á los huertos próximos, donde la vegetación era más rica de savia, y más fácil la presa de los insectos; peridices cantadoras, que iban de monte en monte; tordos, abubillas, mirlos. En los viñedos de las pendientes, por entre las verdosas hileras de cepas, hombres en mangas de camisa vendimiaban. Por los caminos en zig-zag, veíanse los que bajaban á los molinos, conduciendo mulos cargados de sacos, y espetádoles cada *¡cho!* que se oía en la ladera opuesta. En los pueblos cercanos, ya las campanas llamaban á misa ó tocaban el Ave-María. En las granjas y casas humeaban las chimeneas, anunciando la hora del desayuno. Así, que el sol, cuando apareció solemne y triunfante en el inmaculado cielo, halló ya mucha vida en los campos, la naturaleza toda despierta para la tarea incesante del día. En un llano elevado desde el cual se dominaba el río y una parte del pai-

saje hacia el Sur, sentáronse los dos pastores y continuaron su charla.

Al pastor antojábasele ahora más linda su amiguita, con su color trigueño, levemente pálido desde lo de las cuartanas. No recordaba bien á qué santa de las que él había visto se parecía ahora Rosario...

—Pero el cabello cortado así..., —dijo con mimo, mirándole la cabeza rapada y pasándose la mano por la propia, —no te sienta nada bien.

«Mejor fuera que la hubiesen dejado las trenzas. Negras, de un negro subido, que era como á él le gustaban...»

—Fué promesa de madre, si yo curaba, —explicó Rosario.— ¡Ocurrencias!... Cuando se está afligido...

—...Cuando se está afligido..., —repetió como un eco el muchacho. Y después, bajando la cabeza: —Sí llega á prometer los ojos...

La rapaza lo miró, espantada.

— ¡...De fijo te los saca! —concluyó convencido.

Hubo un momento de silencio, en que Gonzalo se puso á excavar el suelo con

una piedra, y Rosario á retorcer un hilo suelto de su burdo vestido. Oíanse las ovejas, cencerreando por los pastos, y en el camino, lejos, un carro que chirriaba, cargado de uvas para algún lagar.

—¿No hablas, Rosario? —preguntó el pastor sin levantar los ojos hacia ella.

—Tampoco tú... —empezó temerosa la muchacha, —y luego te burlas. ¡Vaya una ocurrencia la de los ojos! ¡Como si mi madre fuese capaz de eso!... —Y después, animándose: —¿Fuiste ya á Nuestra Señora de los Remedios?

Gonzalo hizo seña de que no había ido.

—Pues allí es donde dejamos las trenzas, mi madre y yo. En un clavo, al lado del altar, con un lacito verde en las puntas. ¡Quedó muy bonito!

El pastor hizo un movimiento de enfado; no le gustaba la conversación. Y para terminarla:

—En fin, puesto que mejoraste... —dijo como conformándose y haciendo girar el bolo. —Mira cómo baila... —Y después, más pensativo, dándose con el bolo en los dientes:

—Á veces, las promesas logran poco...

—É interrumpiéndose: — ¿Sabes quién hizo este bolo?

—Fuiste tú, de fijo.

Golpeóse el pecho, y dijo con la cabeza que sí, mostrándose orgulloso de su obra: «Que reparase en los *torneados*.» Luego continuó:

—Los santos no se cuidan gran cosa de las personas. ¡Vaya con los santos! Mira, mi Joaquina, tú no la conociste. Pues bien; todo el mundo rezó é hizo promesas, pero ella se murió, al cabo.

Y arrodillándose, comenzó á buscar con la mirada en el rebaño.

—Aquella oveja, la blanca, ¿no ves? la que ahora va á echarse... Pues esa era para Nuestra Señora; repara que es la mejor.—Y tumbándose hacia atrás: —Ahí la tienes pastando,—concluyó con desaliento.

—Pero debió ser así,—contestó Rosario tristemente;—las promesas siempre resultan bien, no hay que dudarlas.

Y, convencida, la muchacha contó casos sucedidos, para convencer á Gonzalo de que las promesas valían siempre. Mientras tanto, echado de espaldas, con la

chaqueta por cabecera, las piernas en ángulo, tocándose por las rodillas, Gonzalo soplaba una bellota de roble, que constantemente subía y bajaba, acompañada por la mirada dulce del perro que cerca de allí permanecía sentado. Y contando, contando casos, Rosario iba entreteniendo al pastor. Pero cada vez que ella se detenía, replicaba el muchacho, firme en su objeción:

—¡Bueno! ¡Pero nuestra Joaquina se murió! ¡Pobre Joaquina!

Á medida que el sol iba subiendo en el cielo glorioso y acarminado, conducían ellos las ovejas á sitios más sombríos, para librarlas del calor, que apretaba de firme.

Calor sofocante á cosa del mediodía, que fué cuando tomaron hacia el lado de las encinas, y luego hacia los pinares. Y siempre al lado el uno del otro, los dos compañeros pasaron charlando casi todo el día. Nunca se habían dado cuenta de que las horas pasasen tan de prisa. Pretendieron también cazar pájaros, pero como

si no; los pícaros estaban espantados y conocían ya las trampas.

—¡Cualquier día se dejan coger! — dijo Gonzalo, cansado de estar á la es-



pera, agachado, con el hilo de la trampa entre los dedos. — Como si fuesen bobos.

Y recogió las trampas, dando al diablo los pájaros. Entonces ella propuso que jugasen á la pozuela.

—¿Y á la rayuela, Rosario? ¿Sabes jugar á la rayuela? En el atrio, los do-

mingos por la tarde me desafío con todos, ¿sabes?

Y generoso, añadió:—Pero á tí te doy ventaja: veinticinco sobre cuarenta.

Como el tiempo era largo, jugaron á todo,—á la pozuela, á la rayuela, á los cantillos, á la toña.

En la toña, como el mastín estaba enseñado á traer el palo, era él quien iba á buscarlo cuando caía lejos.

—¡Turco, trae acá!

* * *

En tanto, iba cayendo la tarde. Arriba, el ancho cielo desvanecíase en un azul suavísimo. En todo el espacio el aire estaba tranquilo y sereno, y ya empezaba, hacia poniente, la fantástica decoración del ocaso. Parecía oírse más claro el murmullo de las aguas del río; ya no relucía tan vivamente la arena blanca de las orillas.

Advirtió entonces Gonzalo que era mejor irse acercando, especialmente por las ovejas, hacia los sitios donde habían

de pernóctar. Y mirando fijamente los negros ojos de Rosario, díjole así:

—Acuérdate de lo que prometiste...
¿Harás lo que decías?

«¿Qué le costaba hacerlo? ¿Ya que las ovejas habían andado juntas todo el día, qué más daba que durmiesen en el mismo corral aquella noche?»

—¿Nada más, Rosario?—preguntó de nuevo, con interés.

La muchacha quedó perpleja. Mas como el pastor no cesaba de mirarla, respondió:

—Sí,—y sonrióse.—Por mí...

Cuando oyó esta segunda promesa, levantóse Gonzalo y dió la señal de partida, silbando á los perros.

A poco, estaban ya en marcha hacia el corral.

Cuando pasaron el viejo puente, la oblicuidad de los rayos del sol alargaba desmesuradamente sobre el arenal la sombra de los tres arcos.

En las ondas de la corriente estremecíase una luz anaranjada, cambiando la transparencia normal del agua.

—¡Qué bonito!—observó el pastor.

Rosario acudió al punto con la explicación:

—Son las moras que pescan con redes de oro; ¿no sabes?

Al otro lado, un poco más abajo, asomaban á flor de agua las cabezas de los dos zagalones del molino. Dentro de la barca, que bogaba serenamente, la madre, con el más pequeño en brazos, los seguía con la vista; á la vez que el padre, en mangas de camisa y de pie sobre un montículo, les iba enseñando las *maniobras*. En el fondo, tres vacas pasaban el vado del río, muy despacio, parándose á menudo, alargando el pescuezo hacia el agua tranquila, bebiendo mansamente. Sobre la vaca de manchas blancas, el guarda canturreaba, saludando con el sombrero al molinero:—«¡Buenas tardes!

¡buenas tardes!» Al salir del puente, el rebaño hubo de apartarse un poco del camino: aproximábase un arriero, con la inacabable fila de mulos cargados, que hacían sonar las campanillas. ®

—¡Adiós, muchachos!—saludó.

—¡Vaya con Dios!—respondieron ambos.

Y de nuevo pusiéronse en marcha. Las ovejas seguían mezcladas, confraternizaban los canes como buenos y leales amigos. Delante iba Gonzalo, tocando la flauta, á la vez que Rosario cantaba. El blando rumor de las esquilas que esparcía el ganado, hermanábase con la música, fundiéndose en una nota sutil, de un colorido ingenuo de balada...

Al fin llegaron á un trozo de sierra, cubierto de matorral bajo, y entonces, parándose un momento, preguntó Gonzalo colocándose frente á Rosario é indicando con la flauta la dirección en que debía mirar:

—¿Ves allí... todo derecho? En línea recta con el castañar, ¿no columbras?

La otra hizo que sí con un gesto, y preguntó:

¿Es allí?

—Allí mismo, — contestó él rompiendo de nuevo la marcha.

Y colocando la mano derecha sobre el hombro izquierdo de la pastora, repitió, muy contento:

—Allí mismo es.

En una tierra de rastrojo, un amplio

cuadrado de empalizada señalaba el espacio que las ovejas habían de ocupar aquella noche.

—Falta poco: iremos por el atajo, que sólo es malo para quien pasa á caballo.

Y como él se sentía expansivo, y la compañera no decía palabra, quiso averiguar la causa:

—¿Estás triste, Rosario?

—Triste... no. Ya... ello ha de ser, — contestó cabizbaja.

—¡Hum! Se arrepiente...—dijo para sí el pastor.

* * *

Cuando llegaron, acababa de anoecer. Adentro el ganado, y á merendar tocan: lo que era del uno era del otro; él llevaba aceitunas, un trozo de queso, pan... Apenas acabaron de comer, Gonzalo señaló la cabaña que allí cerca había y propuso que se acostaran: estaban molidos de la solanera de todo el día y de la caminata final.

Á tiempo que Gonzalo y Rosario entraban en la cabaña y se acostaban sobre

la cama de paja, cubriéndose con las mantas y arrimando á sus cabezas los costales que servían de almohada, cerraba del todo la noche, y millares de estrellas comenzaban á brillar con destellos de plata pulida en el azul indefinido del cielo.

—¿Y los lobos?— preguntó Rosario con miedo.

—No hay cuidado, — dijo Gonzalo, tranquilizándola. — Ahí están los perros para eso.

Poco á poco fuese extinguiendo en el corral la música triste de las esquilas. Al ladrar, los mastines levantaban eco. El rebaño debía de dormir profundamente, sumergido en el mismo sueño en que yacía postrada la Naturaleza toda. Dentro de la cabaña, los dos pastores charlaron un rato, en un sisear blando de voces, hasta que por fin, vencidos de la fatiga, dejáronse adormecer, — cuando la historia de las moras encantadas llegaba al mejor de sus episodios...

Y allá, en el alto cielo, precisamente

sobre la cabaña, la estrella vespertina no era ni más pura ni más luminosa que el alma sencilla y buena de los dos niños...

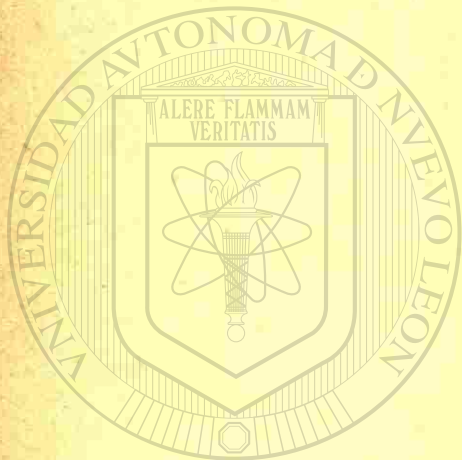
Cuando, al despuntar la mañana, se levantaron y salieron para mirar el cielo...

—¡Bonito día, Gonzalo!

—¡Bonito día, Rosario! Mira...

...en la tranquila placidez del azul, bandos de palomas mansas iban volando... volando...

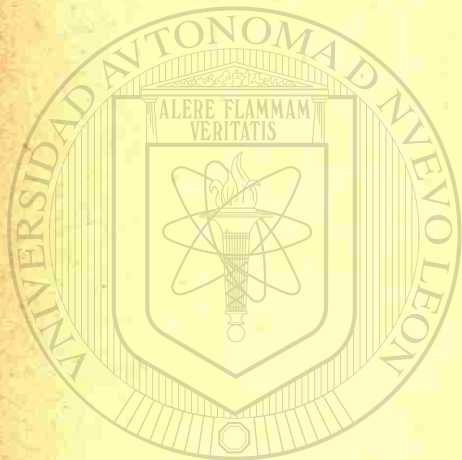




Sultán
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

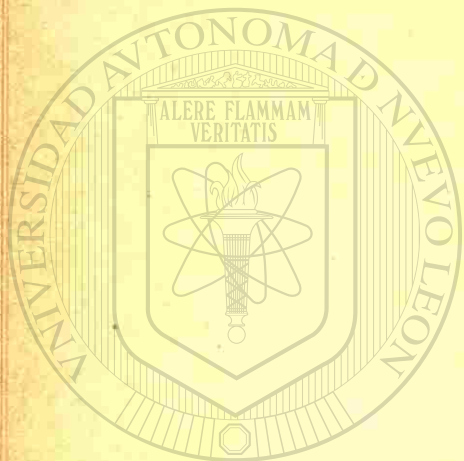
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sultán
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



(COPIA DEL NATURAL)

Á mi Enrique y á Beldemonio,
su amigo.

I

Al caer la tarde, el tío Tomás de Eira entraba en casa, fatigado, aspeado de estar el día entero trabajando en el campo.

— ¡Buenas tardes, por vida de...! — decía á su mujer con un gesto que aparentaba seriedad.

Venía luego el pequeño, Manuel, cru-

zadas las manos, pidiéndole la bendición.

—Dios te bendiga.

—Padre, mire el *Sultán*... —comenzaba á decir el niño.

—Bueno, ya lo sé,—interrumpía el tío Tomás.—El *Sultán* es un bribón, y tú otro que tal.

Y así que sacaba del bolsillo de la chaqueta su hermosa navaja de *media-luna*, que le costó un escudo quince años atrás, y abría el cajón del pan, el tío Tomás daba principio á sus propias alabanzas, murmurando en alta voz, para que la mujer lo oyese:

—Siguiendo así no he de tener un día de descanso... Ni una hora...

Acudía la mujer con las aceitunas y el queso, sin decir palabra.

—..Vamos, que ya era tiempo... Porque ello ha de llegar... Según lo que me voy cansando...

Pero el tío Tomás no era hombre que dijese estas cosas de corazón. Parecíanle largos, interminables, los aborrecidos domingos que transcurrían sin ir al campo, después de madrugar como un mirlo.

—Lo mismo da tuerco que derecho,—decía el bueno de Tomás, encogiéndose de hombros, como quien está disgustado con tener un genio así.

Partía una gran rebanada de pan, un trozo de queso blanquísimo, de la leche de sus cabras, é iba á sentarse consolado, al extremo de la amplia escalera de piedra que daba á la calle, arremangado, en mangas de camisa, muy á su gusto.

Costumbre inveterada en Tomás: apenas se sentaba, masticando el «bocado,» decía á su hijo:

—Oye, Manuel, echa para acá al *Sultán*.

El chiquillo descorría el cerrojo de una puertecita lateral que chirriaba en los goznes á impulsos de sus bracitos rollizos, y dábase á saltar de contento, diciendo desde la parte de afuera de la calle:

—¡*Sultán*, ven acá, *Sultán*!

Del fondo negro del corralillo, en el marco rectangular de la reducida puerta, destacábase entonces la cabecita parda de un jumento, orejas tiesas, grandes ojos de una tristeza constante, con un mover lento de párpados peludos.

Y allí quedaba parado, absorto, muy

plantado sobre sus delgadas patitas, mirando al tío Tomás que lo llamaba con gran gesto de alegría en sus tostadas facciones, gozoso de ver á su *Sultán*.



Pero el borriquito no avanzaba un paso, divirtiéndose en provocar á Tomás, mirándolo fijamente. Alti-

vo en su noble linaje de cuadrúpedo de buena raza, alguien le hubiera podido leer en la mirada, blanda é impasible, el frío, helado desprecio con que parecía considerar al dueño...

Mas era esto precisamente lo que el buen labrador hallaba gracioso. Y comenzaba entonces á hablar con gran seriedad, entre resignado y cortés, al desdenoso borriquillo—el pan y el queso cogidos con una de las dos manos y con la otra la navaja de *media-luna*.

—Entonces qué, ¿no vienes, *Sultán*?

—¡No!—parecía responder el animal. Y abstraído, continuaba envolviéndolo en su mirar profundo. Apenas si turbaba la armonía de aquella inmovilidad de estatua, de vez en cuando, una patadita en el suelo, ¡zas!

—¿Te has enfadado, *Sultán*? preguntaba el labrador. ¿Estamos de monos?

Y en seguida, volvía la cara á otro lado para reirse libremente... «que no lo advirtiese *Sultán*...» Metíase en la boca un pedacito de queso, luego una corteza de pan, y arrugando mucho el entrecejo, como quien empieza á enfadarse, poníase muy serio:

—¿No te mueves, *Sultán*? ¿Ya no eres mi amigo?

El rucio bajaba un poco las orejas, inclinaba el pescuezo, como quien se hace el humilde...

—Pues si lo eres, sal de ahí. Mira... — y mostraba un pedacito de pan. — Para ti si vienes...

El *Sultán* daba tres pasos, y salía enteramente de la cuadra. Para vengarse, el tío Tomás acentuaba en su cara la seriedad,

y levantando el rostro iracundo, llamábale interesado, bribón, — afirmando que ya no le daría el pan. Y lanzándole, en fin, la amenaza de venderlo á un gitano, empezaba á tratarlo ceremoniosamente — *señor Sultán.*

Pero el borriquillo iba andando muy lentamente... andando... orejas gachas, el cuello caído, á manera de quien se arrepiente y como pidiendo perdón por la provocación.

Nervioso, moviendo los pies, Tomás volvía la cara á otro lado, riendo como un descosido.

— ¡Diablo de ruciol ¡cuidado que es ju-guetón! — Es capaz de hacer reir á las piedras, el pillastre. — Y tosía, atragantado por una migaja de queso que se le atravesaba en la garganta.

Entretanto, iba *Sultán* avanzando, haciéndose el remolón, hasta que con el hocico tocaba, levemente, las rodillas de su dueño. El tío Tomás rechazábalo:

— ¡Quita allá! — decía muy enfurruñado y sin volverse. — ¿Crees que no te conozco, ¿eh? ¡Ya no te quiero, vete!

Pero, como inadvertidamente, fingien-

do no querer, acercábale al hocico un pedacito de pan, el mejor de la rebanada. *Sultán* lanzaba una mirada oblicua, entre socarrón y medroso, levantaba cautelosamente el bello superior, estremecido, y robaba el pan de la mano.

¡Paces hechas! Entonces era llegado el momento de reir ampliamente, con agudas carcajadas, muy estrepitosas.

— ¡Vaya hombre! — decía desde la ventana la señora Josefa. — ¡Pareces tonto!

— ¿Así roba usted á su amo? ¿Diga? ¿Así le roba usted? — preguntaba Tomás con grandes gestos. — Yo no quería darle la merienda. ¡Ladrón, más que ladrón!... Bueno, pues ahora, á saltar.

Era precisamente lo que Tomás quería: ver saltar al *Sultán.*

...Nada, en efecto, señores míos, que divirtiese más al buen labrador, ni que mejor le indemnizase de aquellas trabajosas faenas que le absorbían el tiempo, invariable, perpetuamente, bajo los soles abrasadores y las lluvias torrenciales.

Por eso era de ver cómo reía, con una buena voluntad deliciosa, las «partidas» y «diabluras» de *Sultán.*

Á veces, el borriquillo, picado por no sé qué avispa invisible, arrancábase sin más ni más en carrera abierta, el hocico entre las patas delanteras, agitando la cola, por la calle abajo. Rompía por todos lados en un alarido la pacífica manada de las gallinas, que daban revuelos como si les doliese algo, cacareando cual si las arrastrase una racha de viento. Acudía gente á los postigos, á las puertas, á las ventanas, para contemplar el jaleo; y muy pronto llenábase la calleja de chiquillos, rotos, descalzos, alguno casi en cueros, corriendo detrás del burro, gritándole, espoleándole, espantándolo, — como si el mismo viento de locura hubiese soplado sobre todos, barriendo la calle... Y uno de ellos caía en tierra, y sobre ese pasaban los otros, y sobre todos brincaba *Sultán*, bromeado, perseguido, aclamado, entre la muchedumbre despavorida de los enemigos...

— ¡*Sultán, cho! ¡Sultán!*

Súbito, como si se le acabase la cuerda, el animal paraba en seco, y en seguida, á su alrededor, colocábase la chiquillería pronta á la fuga, por si le diese el naípe

po atacarla... Y abrían filas de repente, cuando el borriquillo, tocado de nuevo acceso, corría hacia donde estaba su amo, que para no dejarse atropellar, embestía con el *Sultán* abriendo los brazos; lo cual era, como es de suponer, un modo de abrazarlo fingiendo miedo. Venían entonces las carcajadas estridentes, los ruegos para que concediese treguas, las súplicas para que se diese á partido, reculando el labrador hasta el último peldaño de la escalera, donde se dejaba caer derrotado!

— ¡Pára, *Sultán*, pára! — decía entonces el tío Tomás, poniéndole los pies delante, desviándolo, apoyándose sobre los codos, muy inclinado hacia atrás, riendo como un descosido.

Entonces el burrillo paraba, atragantado. Mas, á poco, rompía en un revuelo de coces, cosa en que era maestro, sacudiendo mucho las patas, la cola al aire, muy tiesa, al mismo tiempo que Tomás, solícito, advertía á los chicos que se apartasen, — «porque era malo aquel demonio.»

Otras veces, como variando de táctica,

dábale por seguir muy cautelosamente, con pérfida calma, como un borrego ó un perro, á cualquier mujer que pasaba por la calle; hasta que, de pronto, pegábale una cabezada, y en seguida los saltos de costumbre, respondiendo con la amenaza de un par de coces á la sorpresa del transeunte.

—¡Eh, tía Luisa! ¡Péguele usted á ese bribón! — gritaba desde su sitio el tío Tomás, con aires de enfado. Y después, dando con el pie en el suelo, pidiendo que le trajesen un vergajo: — ¡*Sultán*, venga usted acá! — intimaba.

¿Y si encontraba un perro? Si encontraba un perro, íbase derecho á él, despacio, con el rabo caído, las orejas gachas, humildemente inclinado el hocico. El perro gruñía, desconfiado, enseñando los dientes, preparándose á morder. No daba *Sultán* señales de miedo, y humildemente proseguía adelante, proponiendo la paz. Mas al primer ladrido, reculaba un paso, despertando de su indolencia pasiva; y con el lomo arqueado, ganaba el terreno perdido mirando impasible al can... Preparábase éste para saltar, gruñendo fuerte,

el pelo erizado; y al embestir para la primer dentellada, brincaba *Sultán* por encima del perro, evitándolo, hasta que, por compasión, dábale una coz suave, «más apariencia que otra cosa,» poniéndolo en fuga, corrido, aullando vencido en la lucha.

—¡Ah, valiente! — gritábale entonces el tío Tomás.

Y con dos palmadas en las ancas, arrebaló al fin hacia el corralillo, diciendo al correr el cerrojo:

—¡No hay dinero con que pagarte, así Dios me salve!

Y tomado el caldo verde de la cena, jamás se iba Tomás de Eira á la cama sin antes bajar á ver al *Sultán* — la luz en la mano izquierda, y en la derecha, apretado contra el sobaco, el sabroso pienso de grano *colmado*. Muchas veces ocurría que, viéndolo comer, se le fuese el santo al cielo á Tomás, recostado sobre el pesebre, sonriendo, hasta que desde arriba, la tía Josefa tenía que intervenir, gritándole por las rendijas del sobrado:

—¡Tomás, á ver si te vienes á acostar, bobo! ¡Mira que es tarde!

Y piamente, como fanático, hallaba verosímil la leyenda de la burra que habló, historia que cierto día, de pasada, le hubo de contar el señor cura. Tanto, que, muchas veces, al darle al burro las buenas noches, extrañaba, con cierto disgusto que *Sultán* no le respondiese:

— ¡Buenas noches!

*
*
*

Pero el diablo, que siempre las carga, la armó también un día. Entró Tomás en el corral, muy de mañana, y no encontró al burro. ¡Quedó frío! Púsose á mirar, espantado, la estancia, que le pareció enorme, y á más de enorme, heladísima...

— ¡Josefa! ¡Josefa! — salió gritando á la calle. — ¡Eh, Josefa!

La mujer asomó á la ventana, sobresaltada.

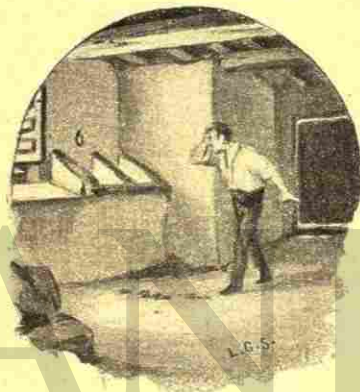
— ¿Querrás creer que me han robado el burro, mujer?

— ¿Qué te han robado qué? — preguntó la tía Josefa, muy asombrada.

— El burro, el *Sultán*. Ven, y verás que lo robaron.

Y como á la vez acudiera Manolito, en camisa, descalzo, rompieron todos tres en gran gritería, frente á la vacía cuadra:

— ¡Socorro! ¡socorro! ¡socorro!



Hasta que el alcalde, que era compadre, acudió medio dormido, y puso en busca del burro y de los ladrones á los alguaciles que comparecieron.

¡Pero en vano! Uno á uno fueron regresando, según avanzaba el día, y lanzando sobre el abatido espíritu del tío Tomás, la negra y vacía palabra:

— ¡Nada!...

II

Dos años después. Tarde de Agosto. A lo lejos, cerrando el horizonte que dominaba la era, las aristas de los montes quebrábanse en una sombra igual, y teñían todavía el ocaso, las suaves, ligeras nieblas doradas de los últimos rayos del sol. Rojas cintas de nubes, como grandes tiras de hierro incandescente, destacábanse inmóviles en un fondo verde-mar, desvanecido y pálido, rayado de listas de una coloración levemente anaranjada. Pequeños algodones transparentes, con blancuras de nieve, rompían aquí y allá, alegremente, la profunda monotonía del azul. Hacía un lado, sobre los castaños próximos, elevábanse los tejados de la aldea, la torre blanca de la iglesia, las paredes encaladas de la escuela.

La gran era comunal, levemente accidentada, ofrecía en aquella hora el aspecto tranquilo y pacífico de una gran oficina en reposo. Pocas parvas; iban

rematándose las cosechas; una semana, dos cuando más, y quedaría todo recogido. Ya sobre la paja de las «parvas,» ó en la cima de los altos balagueros, entre los utensilios de la trilla y la chiquillería que alborotadamente saltaba, los trabajadores tomaban descanso, — rojos por la solanera intensa de todo el día; algunos echados, en mangas de camisa, desnudo el pecho, arremangados los musculosos brazos, en una regalada postración de trahilla que al fin logra su hora de sosiego, después de estar cazando un día entero. Parecen postrados de fatiga los mismos mayales, los trillos, las palas, las escobillas, que se llevaron todo el día barriendo el suelo al rededor de las parvas. Y aquí, y allí, dando una sensación agradable de hartura, perfilábanse los enormes costales, en medio de las fanegas rebosantes de grano. En otro lado, hombres en mangas de camisa, al rededor de un gran montón de paja cortada, van aventando, con auxilio del airecillo que sopla. Y oyese caer sobre las palas la lluvia del grano, al propio tiempo que la paja voladora forma montón á la otra parte, y las escobillas, en

manos de las mujeres, no cesan de reunir el grano, barriendo en círculo, con gran afán... Á un lado, carros vacíos; uno de ellos, de altísimas «angarillas,» se va henchiendo de paja, mientras otros, repletos de sacos colocados en rimero entre las cancillas más bajas, marchan hacia los graneros chirriando agudamente, tirados por los gigantescos bueyes.

Fuera de las eras, libres de los trillos que quedan sobre la paja, grupos de bueyes caminan lentamente, con las grandes orejas caídas, oscilantes los rabos, acariciando sobre las anchas ancas el luciente pelo. Y allá van, cuesta abajo, rozando el enorme corpachón en los ásperos troncos de los castaños, á llenarse la panza con la serena agua de la orilla, sorbiendo lentamente, hinchándose á cada sorbo, pesadamente, monótonamente, insaciables en medio del agua sumisa en que se hunden...

Al final de la era, junto á los oscuros castaños, un grupo de mujeres cantaba alegremente en coro. Acababa de ser metido en los sacos el último grano de la abundante cosecha de Tomás de Eira.

—¡Rica cosecha, sí, señor! venían á

decirle los vecinos.—La mejor de todo el pueblo!

—¡Por supuesto! ¡Ya verán ustedes los graneros! ¡Mucha paja, es lo que han de decir ustedes, mucha paja y poco grano!...

Y muy afanoso, sin arrogancias de superior, ni gestos de soberbia, arremangado hasta los codos, el tío Tomás iba y venía dando órdenes, repitiendo avisos, distribuyendo aquí y allí las últimas tareas.

—¡Ahí va un saco, tú! Es para las granzas. Que no se olvide ni un grano, ¿oís? ¡Al avío, listos! Ojo con que no quede alguna cosa olvidada: esas palas, esas escobas, todo eso. ¡Margarita, eh, Margarita! ¿Dónde está tu fanega? Bueno; si va en el carro está bien.

Y parecía un loco, metiéndose en la faena de todo el mundo, expeditivo, locuaz, alegre, pidiendo por las almas benditas que no se durmiesen ahora.

—¡Vamos, vamos! Las palas, ¿qué estás diciendo? Déjame por ahí alguna, que ya te lo diré luego, ¿oyes?—¿Qué hace ahí en el suelo ese «rasero,» ó lo que sea?

—¡Mira tú lo que haces: esos sacos que queden bien atados!

El criado, que se disponía á marchar con los carros, preguntó, ya con la ahijada en alto, si mandaba otra cosa.

—No, puedes irte. ¡Oye! en casa, que tengan la cena á punto. Date prisa, ¿oyes, Francisco? No agujonees á los bueyes, que el carro va muy cargado. Al paso, deja ir al paso los animales. Anda.

Como el carro chirriaba, levantó la voz para decir:

—Oye, descarga en el granero de en medio. En el de en medio, ¿eh? Los bueyes, al prado, ¿Te enteras?

Pero Francisco apuntó hacia dos sacos que quedaban:— «¿Será preciso venir por ellos?»

—No vale la pena, yo los llevaré.

Y después, dirigiéndose á los que le rodeaban, observó que bien sabía él quién los llevaba antes, aquellos dos sacos...

—¡ Con mil demonios! ¿Apuesto á que no adivinan ustedes?

«¿No lo sabían?... ¿Quién podría llevar los dos sacos? ¿no acertaban?»

—¡El *Sultán*, hombre, el *Sultán*! Ese

era quien los llevaba. ¡Y digo á ustedes que entonces valga el doble la cosecha, así Dios me salve!

Algunos rieron la ocurrencia. «Tenía gracia que el recuerdo del animal no se le borrara ni á tiros.»

—Vamos, que eso es ya manía, tío Tomás.

En esto, precisamente, el labrador soltó un ¡oh! de sorpresa. Volviéronse todos «¿qué ocurría?» Por el camino que se dominaba desde la era, pasaba un hombre á caballo.

—¿No lo querréis creer, muchachos?— exclamó el labrador, palideciendo.—Aquel burro, ¿eh? si no es *Sultán*, el diablo me lleve...

Recordaron:— «estrella manchada en la frente, la pata derecha blanca...»

—¡Es él, con mil diablos! ¡Basta verlo! Y aquel es el ladrón.

Y escupiendo en las manos, y arremangándose más la camisa, arrancó de un tiron el mango de una aventadora, y echó á correr hacia el camino.

Pronto se oyó gran gritaría; las mujeres de la cuadrilla comenzaron á dar alaridos:

—¡Que lo mata!— gritaban todas.—¡Ay, que lo mata! ¡Socorro! ¡Qué desgracia! ¡Ni el alma le deja! ¡Socorro!

Los hombres apretaron á correr detrás de él; affuía gente de todas partes de la era, los perros ladraban.

—Cuidado, tío Tomás! ¡Que se pierde usted, tío Tomás!—decíanle cogidos á él.—¡Suelte el palo, que se pierde! ¡Todo se arreglará, tío Tomás, suelte usted el palo!

—¡Qué arreglar ni qué diablo! ¿Soltar yo el palo? ¡Apártense! ¡Les voy á moler las costillas si no me sueltan! ¡Apártense!

Y braceaba furioso, llevándolos á ras-tras, agarrados á él y al palo. Llegó á herir á uno, y los otros cedían por momentos.

—¡Considere usted, tío Tomás!

«¡No consideraba nada, no quería considerar cosa alguna! ¡Apártense! En un arrebato de ira, abriéndose paso con un remolino del palo, de un salto se plantó en el camino, tropezando con las piedras, vacilante.

—¡Abajo!—intimó.— ¡Usted es un ladrón!

—¿Un qué?

—¡Un ladrón! ¡Ese burro es mío! ¡Lo



voy á matar á usted, so bribón! ¡Déjenme, suéltente! ¡Lo he de dejar tendido ahí mismo, como un perro!

Y en medio de la gente alborotada, con la rienda del burro en la mano izquierda, y en la derecha el amenazador palo, gritaba que lo dejaran, que tenía completa razón « ¡con seiscientos millones de diablos! »

Siguióse á esto un altercado, cruzáronse razones de una y otra parte, insultos.

— ¡Ya he dicho que es usted un ladrón!

— El ladrón lo será usted, — contestó el otro, que había echado pie á tierra y avanzaba con los puños cerrados. — Y no lo vuelva usted á decir, porque lo rajo!

Afligidas, algunas mujeres volvíanse, con las manos cruzadas, hacia la capillita próxima, rogando la intercesión de la Virgen. El Labrador comenzaba á temblar como rama tierna movida por el viento; desfigurábase la rabia, mojábale los bordes de la boca una saliva blanquísima. Por la camisa rota, veíasele ya un pedazo de hombro. Habían logrado, por fin, arrancarle el palo; pero ahora braceaba,

con los puños levantados sobre aquellas cabezas en desorden.

Dirigiéndose á varios del grupo, el hombre del burro, disculpábase: «lo había comprado á unos gitanos, cualquiera adivinaba que era robado...»

—¿Ve usted, tío Tomás?—advirtieron en seguida unos cuantos.—El hombre no tiene la culpa.—Y gritábanle al oído:—No tiene la culpa; compró el animal de buena fe. ¡Eso es!

—¡Miente!—objetaba incrédulamente el tío Tomás, cada vez más airado.—¡Miente!

—¿Que miento?—decía el otro, iracundo.

—¡Como un judío!—escúpiale por su parte el tío Tomás.

Fué preciso, al fin, para convencerlo, ponerse serio con él, llamarlo pendejero, imprudente, alborotado. Entonces él, abriendo los brazos como si fuese á nadar, sosegóse un poco, amainó, prometió llevar aquello con paciencia, á las buenas. Llegó casi á pedir perdón, limpiándose con la blanca manga las gotas de sudor.

Había perdido la cabeza, ¿qué remedio?

Llegóse por fin á un acuerdo. «Sí, señores; conformábase, pero con una condición: que dejase suelto el burro, y éste resolvería...»

—¿Se aviene usted al trato?

—¿Qué trato?

—¡Voto á cribas! Usted suelta el burro, ¿entiende? deja el burro suelto. Después, será para donde tire. Si el burro vuelve grupas, allá para el sitio de donde usted viene... ¿Usted de dónde viene?

—De los Casaes.

—Bueno. Pues si el burro toma hacia los Casaes, el burro queda de usted...

—Y si va derecho á la aldea, es del tío Tomás,—concluyeron algunos del grupo, conciliadores.

—¡Ni más ni menos! ¿Está usted conforme? Diga si está conforme.

Por contestar algo, el otro asintió. Mas parecíale imposible que el burro marchase hacia la aldea... Había venido de tan mala gana, que hasta le costó sacarlo de casa.

—Mire que irá hacia los Casaes. Des-

de ahora le digo que va hacia los Casaes, —afirmó.

—Mejor para usted. Pero eso ya se verá. ¿Se afirma usted en lo dicho? quiso saber el tío Tomás.

—Sí, señor, me afirmo. ¿Qué duda tiene que me afirmo?—díjole el otro brusca-mente.—Mire: una, dos, tres, á las tres le suelto la rienda.

Iba ya á abrir la boca para decir:— «¡una!»

—¡Alto!—exclamó Tomás.—Espere usted un poco. Antes he de hacerle unas caricias al animal.

Y púsose á palmotearle las ancas, el pescuezo, el pecho, deteniéndose un poco á mirarlo de frente «para que el animal lo conociera.»

—¡Sultán!—gritóle de repente.—¡Eh! ¡Sultán!

El burro se estremeció.... Hubiérase dicho que en el fondo de su memoria, el recuerdo tal vez adormecido de aquel nombre habíase despertado súbitamente...

—¡Je, je!—rió muy satisfecho el labrador.—Ahora, vuelva el burro hacia allá.

Ni para los Casaes, ni para el pueblo: Ast. ¡Je, je!

Y apartóse á un lado, aguardando. Gran ansiedad dominaba en aquel momento á los del grupo. El tío Tomás empezó á morderse las uñas, nervioso...

—¿Qué espera usted, ahora?—preguntó. Oyóse la voz del otro, diciendo:

—¡A la una!...

Tomás sintió un escalofrío: movía los pies nerviosamente, lleno de miedo, mirando de reojo, y entre los dientes apretados oprimía el pulgar de la mano derecha...

—...¡A las dos!

—¡Eh! ¡Diantre!—decía por lo bajo Tomás. Y sin querer, se le cerraron los ojos fuertemente.

—...¡A las tres!

Sonó entonces un estruendo de aplausos, un griterío atronador de vivas y carcajadas. El tío Tomás había vencido: corrían todos á abrazarlo, afirmando que el caso era para disparar cohetes.

—¡Viva el tío Tomás! ¡Viva el Sultán! ¡Eso sí que es ser un burro!

—Eso sí que es ser amigo, deben decir

ustedes,—corregía Tomás, riendo.—Los tengo de dos pies que no valen la mitad...

—¡Oh, tío Tomás!—protestaban algunos.

—Esto no va con ustedes; pero es como quien se confiesa... Conste que no va con ustedes.

Y reía, reía como un descosido, á la vez que, por el camino adelante, el *Sultán* corría que volaba, la cola al aire, arrastrando la cuerda, perdiéndose por fin allá en el fondo, en la polvoreda enorme del camino, como rodeado de un nimbo de resplandeciente apoteosis. Y tras las huellas del burro, despavorido y como loco, siguió luego el labrador, después de dar un fuerte abrazo al de los Casaes...

Cuando Tomás llegó á su casa, atisgado, sudando, haciendo gestos y soltando palabras entrecortadas por risas, ya el *Sultán*, relinchando, pateaba á la puerta de la cuadra antigua, con gran impaciencia, con un «chás,» «chás,» continuo en la solera.

—¡Vengan á ver! Vengan acá á ver,—vociferaba Tomás á los vecinos.—¡Antonio! ¡Compadre! ¡María Engracia!

Asomaba gente á las ventanas, preguntando si era fuego.

—¡Qué fuego ni qué calabazas! ¡Es el *Sultán*, es él, este enemigo! ¡Josefa, Josefa! Aquí tenemos al burro, este demonio. Asómate.

Imagñese ahora el lector, si puede, la efusión del labrador. ¿Abrazos? Y hasta besos. Aquello era un tesoro perdido que reaparecía al fin. La mujer, en lo alto de la escalera, persignábase, preguntándose si su marido se había vuelto loco...



—¡Palabra de rey, *Sultán*, palabra de rey! Vamos por los sacos, son sólo dos. ¡Josefa! Escucha! Trae acá ese garrafón que está al pie del arca, listo! La medida también, ¿sabes? La de las rayas encarnadas, la más grande.

Y cogiéndose á la albarda, montó muy satisfecho, de un salto.

—¡Ajajá!

La tía Josefa apareció, sofocada con el enorme garrafón.

—Anda, mujer, ponlo aquí delante de mí. ¡Menéate!

Iba la buena de Josefa á arriesgar una observación, un consejo, algo importante...

—No me digas ni una palabra. No me apures, mujer, no me apures. ¡Trae aquí, yo lo mando, listo! Así. Está bien.

—En nombre del Padre...

—¿Qué quieres? ¡Me dió ahora por ahí!

—En nombre del Padre, en nombre del Hijo...

—¡La medida! ¡Venga ahora la medida!

—... en nombre del Espíritu Santo!

—Pásalo bien, mujer,—concluyó riéndose á carcajadas, entre las risas de los demás.—Atiende. Cuando ese bribón de Manuel venga de coger nidos, mándamelo á la era. ¡Al trote, *Sultán*! ¡Ah, valiente! Y partió, veloz como una saeta. De lejos ya, volvióse de repente.

—¡Josefa, Josefa! En el barreño mediana, unas sopas de vino para *Sultán*, ¿oyes?

En el mediano. El grande es demasiado grande y el pequeño no da para nada. ¿Oyes? Ha de ser cosa que satisfaga, por supuesto.

Y de nuevo salió como una flecha, abrazado al garrafón. Tirando ora á la derecha, ora á la izquierda, espoleando con los pies, llegó en una carrera, cubierto de una nube de polvo, hasta las primeras parvas.

—¡Vino, mucháchos! ¡María del Carmen, toma un traguito, mujer! Aunque hemos estado reñidos quince años, eso no le hace. ¡Se acabó!

Y el tío Tomás atravesó la era, siempre montado en el *Sultán*, repartiendo á un lado y á otro medidas de vino.

Media hora después regresaba, *Sultán* cogido por las riendas, Manuel en medio de los sacos, y delante de Manuel el hermoso garrafón sin gota de vino...

Por el camino, contaba Tomás la historia á todo el mundo, riendo como un ton

to, en un jjá, já! de carcajadas sonoras,
que le salían de lo más íntimo.

—¡Rica cosecha, sí, señores, un cosechón!

Y paró á la puerta, mientras la mujer,
todavía persignándose en lo alto de la es-
calera, movía y removía el barreño de
loza:

—En nombre del Padre, del Hijo y del
Espíritu Santo.

... Al tiempo que Tomás, abriendo los
brazos, respondía, reclamando las sopas:

—¡Amén!



Abyssus Abyssum...

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to, en un jjá, já! de carcajadas sonoras,
que le salían de lo más íntimo.

—¡Rica cosecha, sí, señores, un cose-
chón!

Y paró á la puerta, mientras la mujer,
todavía persignándose en lo alto de la es-
calera, movía y removía el barreño de
loza:

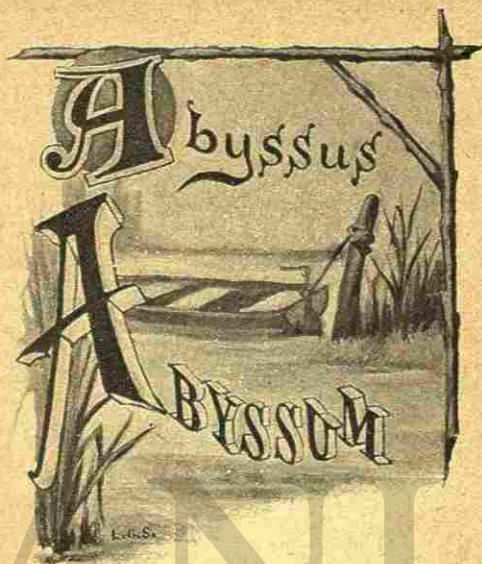
—En nombre del Padre, del Hijo y del
Espíritu Santo.

... Al tiempo que Tomás, abriendo los
brazos, respondía, reclamando las sopas:

—¡Amén!



Abyssus Abyssum...



Aquel día, los dos pequeños habían jurado que irían al río. ¡Así les diesen lo mejor del mundo!... ¡Qué tentación ofrecía el río para ambos! Parecía escuchar todavía, con toda su vibrante entonación de amenaza, aquellas terribles palabras con que la mamá trató de intimidarles, un día en que volvieron á casa muy á deshora.

— ¿Lo entendéis? — les dijo riéndoles;

— oídme bien: si volvéis al río, os mato á palos. Atrevedos á ir...

¡Huy! cómo dijo aquello, ¡María santísima! Colérica, amenazadora, con la mano levantada sobre sus cabecitas rubias... Acordábanse de haber temblado, llenos de miedo, arrimándose el uno al otro, humildes bajo aquella terminante amenaza. Y desde ese día no habían vuelto al río. Á coger nidos, sí, — allí estaban los pantalones rotos de Manuel, que lo estaban diciendo, — á coger nidos es á lo que habían ido ellos. ¡Al río, guarda, Pablo! Si lo supiese la madre...

¡Ah, pero si al menos no los dejasen dormir en aquella alcoba! Por la mañana, apenas abrían las ventanas, la primera cosa que veían era el río; una corriente muy lisa, verdosa, que serpenteaba por entre las hileras bajas de los sauces. Allí estaba el puente viejo, desde el cual los rapaces se tiraban bravamente de cabeza; y también la blanca lancha del Señorito — ¡preciosa lancha! — siempre á la espera de que su amo la desamarrase para pasar á la hermosa quinta que poseía en la orilla opuesta.

Como es natural, el primer deseo que por la mañana asaltaba á los dos rapaces era de irse por allá abajo, muy tempraneros, tanto como los mirlos, meterse dentro de la lancha, botarla al agua y dejarla ir donde ella quisiese, con tal de que fuese siempre adelante... Cuando cerraban las ventanas para acostarse, su vista seguía, al través de la obscuridad de la noche, una línea ideal, que iba á terminar en la lancha. Era su «adiós, hasta mañana,» con que se despedían de aquel reducido objeto, que valía tesoros, que para los dos valía más que todo, que todo...

Si ellos tuviesen una lancha como aquella, ¿para qué querían más?...

— ¿Nada más?

— Eso no... alguna cosa más. Y la madre que no los riñese, por supuesto.

Pero aquella mañana, ¡bella mañana, en verdad! la madre fué á despertarlos más temprano que de costumbre. Animaba ya la aldea un marcado rumor de vida, gente que pasaba hacia los campos, vaivenes de carros en el pésimo empedrado de la calle, los gansos de la

vecindad, que salían en tropel para discurrir por los prados graznando ruidosamente, elevándose en cortos vuelos, espantados por la malintencionada agresión de los muchachos. Hacía más de una hora que resonaba allí cerca el agudo retintín del martillo del herrero, machacando clavos en la bigornia. El cura había ya pasado en dirección á la iglesia, para decir la misa, puesto de sotana, muy tieso y pausado con las llaves en la mano izquierda y en la derecha la botellita de vino. ¡Á dónde estaría ya la misa, á aquella hora! Ya se había retirado á casa la última beata, arrebujaada en su mantón, con andar perezoso, llevándose consigo la esterilla sobre la cual se arrodillaba en la iglesia. Media hora lo menos llevaba Juan, el carpintero, de dar fieros martillazos en medio de la calle, sobre un carro cuyo eje *ardió* el día antes, y que era urgente componer, con todo esmero. Hasta Ernestino, el del estanco, había abierto ya la tienda y subido á la galería para regar las albahacas. Comienzos de la diaria labor, en fin, como es sabido.

Pues, como iba diciendo, la madre despertó aquel día más temprano que de costumbre á los dos pequeños

— ¡Arriba, perezosos, vamos! ¡Es pre-



ciso que os acostumbréis á madrugar, eso es! Ya va para rato que es de día; ¡ahí tenéis el sol, y los señoritos todavía en

la cama! — Á la vez que esto decía, iba abriendo las ventanas. — Persignarse y á vestirse, ¡andando! Los pantalones... el chaleco... la chaqueta, ¡ahí va!

Y les colocó los vestidos sobre la cama.

— ¡Mamá, la bendición! — balbucea-

ron los dos chiquillos, borrachos aún de sueño.

—Dios que os bendiga. Dios no bendice á los perezosos, ¿entendéis? Ahora mismo vuelvo. Quiera Dios que no os encuentre aún acostados; buena se os espera.

Sentáronse ambos en la cama para vestirse, contrariados, cerrando los ojos heridos por aquella luz viva que invadiera el cuarto de una manera repentina y brutal. Por la amplia escotadura de la camisa asomábales el pecho, que ellos acariciaban suave, dulcemente, en una última caricia. ¡Sería tan bueno volver á dormirse así, como estaban, sentados! El pequeño todavía intentó dormirse de nuevo, pesaroso de abandonar el tibio calor de la cama, donde ¡se estaba tan bien! ¡donde los sueños eran tan bonitos!

Pero la madre no tardaría en volver. Era preciso vestirse, ¡qué remedio! Y entonces fué cuando Manuel, más libre del sueño, mirando hacia el campo lo halló encantador, todo resplandeciente de verdes.

—¿Qué mañana más bonita, no véis? Repara cómo parecen más lindos los árboles. ¿Por qué será?

El otro se encogió de hombros: no sabía. Quizá fuese porque no había nubes...

Por la abierta ventana divisábase un trozo de paisaje, al que la luz viva de aquella hora daba gran nitidez. Las viñas tenían un verde encantador, muy suave, trepando por las pendientes en contraste con los oscuros ramos de los naranjos, que se perfilaban, en cerradas filas, en los húmedos verjeles de la llanura. Revestidos de follaje, ascendían por los aires los olmos gigantes. Pedazos de huerta mostrábanse con toda la pompa de su lozanía y de su frescura. Víanse las ruedas de las norias, y los amplios emparrados á cuya sombra es grato descansar.

Una fila de chopos altos y delgados marcaba el borde del río, que aquella mañana deslizábase muy sereno, con tonos verdosos en las aguas, resplandeciente bajo el cielo immaculado.

—¡Ah!— exclamó Manuel, sonriéndose

al contemplarlo.—¡El río! ¿Qué te parece? Mira qué bonito está el río; ¿lo ves, Antonio?

—Lo veo... Pero también, ¿qué más da? — contestó con desaliento el hermano. — No se puede ir allí... ¡Figúrate si lo supiese mamá! ¿eh?— Y contemplando á su vez el paisaje, preguntó: — ¿Reparaste en la lancha, Manuel?

— ¡Qué bonita!

Riéronse ambos.

— Parece como si la hubieran pintado de nuevo... Y no se mueve, mira.

— Ni puede moverse, — advirtió Manuel — ...amarrada con una cuerda... — Y luego, radiante, gesticulando frente á su hermanito, añadió: — Pero yo era capaz de desatarla...

— ¡Por supuesto! — dijo Antonio, haciendo como que dudaba, para excitarlo.

Callaron. Bueno fuera poder desatarla, ¡ya lo creo! Ambos metidos dentro de ella, solitos, ¡eso sí que sería bueno! Y ellos, que se perecían por ir á las aceñas, y por el río se llegaba en un instante. ¡La lancha! ¡Cosa buena era ir en la lancha! ¡Y aquélla, además, era tan

bonita, como nunca habían visto otra! Jamás podrían olvidárseles — ¡para qué se les olvidasen á ellos! — aquellas tardes en que el señorito los había llevado dentro de la lancha, enseñándoles cómo se remaba.

Manuel fué el primero que se vistió, plantándose delante de la ventana. En aquel momento pasó chillando un bando de golondrinas.

— ¡Qué día más bonito, aviate!

— Sí, aviate; ¿y para qué? — preguntó Antonio, dando vueltas al pie para calzarse el zapato, mientras se apoyaba con ambas manos en el borde de la cama.

Sonrió Manuel, tristemente. — Era cierto... Aviarse, ¿para qué? La madre no los dejaba ir al río... Y sino, ¡que fuesen! «¡Os mato á palos si bajáis la ladera!» Con esta advertencia, cualquiera se atrevía... — Y los dos suspiraban, disgustados. ¡Qué fastidio, ser pequeños!

En esto, llegóse también Antonio á la ventana. ¡Precioso estaba el campo! Pero los ojos de ambos no se apartaban de la lancha, fascinados. ¡Demonio de tentación! Y para más dentera, la habían pin-

tado de nuevo: sobre el blanco, todo á lo largo del casco, destacábase nítidamente una faja de azul claro, como cosa de un palmo por encima del nivel del agua.

— Escucha, Manuel. ¿Y si nos escapásemos?

— ¡Anda! ¡Si nos escapásemos!... ¿Y luego? Al cabo tendríamos que volver...



He ahí la dificultad. ¡Eso era lo peor! Después, la madre era capaz de cumplir lo que les tenía prometido.

Y abriendo mucho los ojos, imitando la cólera de la madre:—«Si volvéis al río...»

— ¡Ay, ay, triste suerte!

Nuevamente callaron. Por unos instantes distrajéronse mirando el sol, que rompía por Oriente en una explosión violenta de luz, encendiendo colores en la amplia extensión del paisaje.

— No hay duda que la lancha parece

pintada de nuevo... — repitió con alegría Manuel.

— ¡Vaya que lo está, de fijo! Ahora sí que dará gusto andar dentro de ella...

Rieronse ambos con aquella idea encantadora de ir en el barquito pintado de nuevo. ¡Diantre! ¿y por qué no? Por esto, cobrando ánimos, dijo Antonio resueltamente:

— ¡Vaya, fuera miedo! ¡Cómo que va á matarnos! — Y tirándole de la chaqueta: — ¿Vamos allá, Manuel?

Manuel dijo que no con la cabeza, y atisbó si ventá la madre. Como no ventá, contestó en voz baja á su hermano:

— Á la tarde, ¿eh? en dos saltos estamos allá. No es tan fácil que nos echen de menos por la tarde. Hacemos como quien va hacia el atrio. Llevamos las peonzas...

— ¡Queda dicho! ¡á la tarde! — asintió Antonio. — Por supuesto, yo desatraco.

— Y yo remo, — dijo en seguida Manuel, imitando con el gesto la acción de remar.

— Al timón voy yo: el timón es lo que dirige, — explicó.

— Eso es, pero á la vuelta lo llevaré yo. Tú remarás. Si quieres...

— ¡Claro que quiero! Así mismo lo hemos de hacer.

Y recapitulando, para quedar plenamente convenidos:

— Entonces yo remo hacia abajo, ¿no es eso?

— Sí.

— Y tú diriges, ¿no es eso?

— Sí.

— Y cuando volvamos será al revés, ¿eh?

— Eso es.

Muy bien, queda dicho. Y ambos, al mismo tiempo, se impusieron el secreto uno á otro.

— ¡Chits!...

— ¡Chits!

Caía la tarde, límpida, clara. En la vasta bóveda del cielo, trozos de nubes flotaban inmóviles.

Encendidas en aquella explosión roja del ocaso, las crestas de los montes fran-

jeábanse de púrpura y oro, en la mágica decoración del Poniente. Comenzaba á caer sobre los campos la inmensa paz tranquila de los crepúsculos, y una quietud dulcísima y vagamente melancólica iba preparando á la naturaleza para el gran sueño reparador de toda la noche.

...Y la tarde iba muriendo, cada vez más límpida.

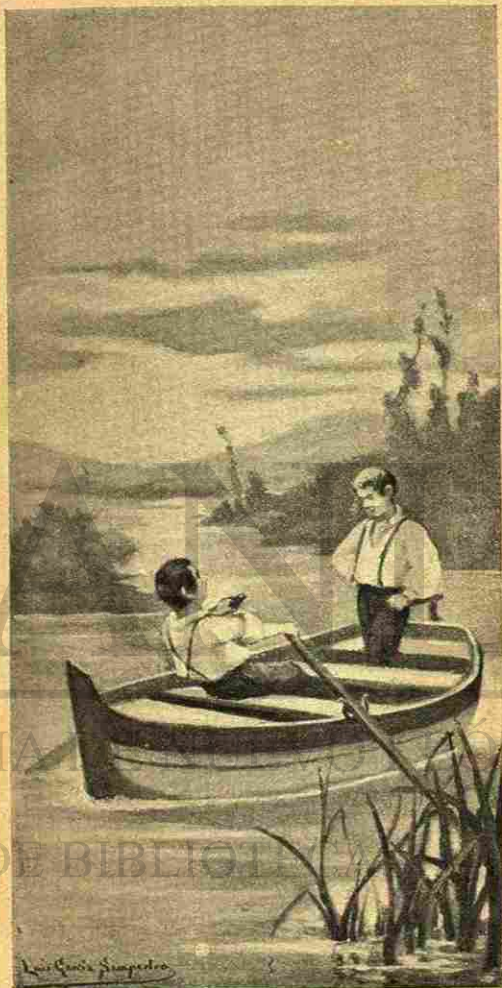
En aquella luz indecisa del crepúsculo que mansamente íbase acentuando, los montes del Sur tomaban la torva apariencia de gigantescas sombras, inmóviles en un fondo en que se apagaban suavemente todos los cambiantes de luz. Perdíanse los detalles del paisaje en aquella indecisión vaga de la noche que avanzaba, y una especie de silencio imponente dominaba la naturaleza toda, recogida en un como espasmo abrumador y siniestro, que en nuestro interior evoca, en horas tales, no sé qué vagos recelos ó miedos inconscientes, en cuya virtud la imaginación abulta las cosas, y en el mundo exterior la retina tiende á exagerar las formas de los objetos.

Mudas de gorgeos, atravesando el es-

pacio en vuelos rapidísimos, las bandadas de pájaros recogíanse en los nidos, buscando refugio contra el frío que apretaba. Caían ya sobre los valles pesadamente las sombras de los montes, y una especie de humo sutilmente azulado envolvía de cerca las casas, ocultándolas para el tranquilo sueño en que iban á sumirse.

Y en tal hora, y en medio de tal silencio, la lanchita blanca deslizábase mansamente sobre el agua tranquila del río, donde empezaban á reflejarse las primeras estrellas. Dentro de la lancha, los dos hermanitos, silenciosos, dejábanse llevar de aquel ruido suave de los remos que abrían paso en las aguas... ¡No! era bien seguro que nunca habían sentido una alegría tan intensa y viva — alegría dolorosa que les traspasaba el pecho, trocándose en energía en los músculos, y cristalizando en sonrisas en los labios.

Dentro de aquella adorada barquilla, situados en medio del río, eran señores absolutos de su voluntad, podían ir donde les agradase, libres de amonestaciones ajenas, solos, independientes. Y esta feliz convicción de la libertad alcanzada, tor-





nábalos orgullosos, además de henchirlos de alegría. Seguramente, nunca habían sido tan felices, y ¿quién sabe si volverían á ser?... Entretanto, acentuábase la noche. Sonaba en las orillas el murmullo del agua, chocando contra las raíces profundas de los sauces. En el cielo, elevado y tranquilo, centelleaban las estrellas en montones.

—¿Remas, Antonio?—preguntó el del timón.—¿Lo ves bien?—Y apuntaba hacia el lucero vespertino, la estrella que más brillaba.

Habían concebido los dos el extraño deseo de coger la estrella, cuyo brillo diamantino les fascinaba. ¡Era tan linda!

—¡Ayuda tú con el timón!—repitió instándole Manuel.—¡Miren la estrellita! ¡Y cómo se las echa de lista! Hemos de pasarle delante, sólo por eso...

—¡Vaya una gracia! ¡Si está quieta!—dijo el otro, convencido de la facilidad de la empresa.

—¡Está quieta, está quieta! pero siempre de frente á nosotros: ¡cualquiera lo entiende! Mira cómo brilla, Antonio.

—Sí, pero rema, que yo ya aprieto;

falta poco. Á la vuelta de aquel peñón está, de fijo.

No era cosa difícil pasarle delante. En menos de media hora era seguro alcanzarla. Y engastada en el azul oscuro del cielo, la estrella parecía brillar más cuanto más la miraban.

—¿De qué están hechas las estrellas?— preguntó el menor.

—De plata, ya se sabe.

Entonces el otro, lanzando una mirada envolvente á la extensión infinita del cielo, exclamó:

—¡Eh, cuánta plata!

—El sol, es de oro, —añadió Manuel.

—¡Ya se ve!— contestóle convencido el hermano.— Pero yo, si me diesen á escoger, prefería las estrellas. ¡Mira que hay!

—Pues yo, mejor querría el sol. Digas lo que quieras, siempre es más grande.

Y á la vez que hablaban, los dos seguían mirando la hechicera estrella que perseguían. Los remos, en tanto, iban abriendo brecha en el agua, con cierto ruido muy dulce...

Y allá, en el alto cielo, diríase que la

hechicera estrella brillaba cada vez más, incitándolos.

—¿Ves cómo hace así?— y púsose á pestañear imitando la palpitación centelleante é irregular de la luz sideral.

—Es que tiene sueño, —respondió el otro.

—¡Ca, hombre! Eso es que nos hace gestos, lo digo yo.

—¿Con que sí? Pues que haga gestos y que se descuide: si cae aquí abajo, se ahoga de fijo...— Y apuntándole con el puño cerrado, gritó riéndose: —¡Eh, lucero!

En aquel momento, un aereolito trazó estela de plata en el azul del cielo, extinguiéndose rápidamente. Los pequeños cobraron miedo y ambos murmuraron con tono de oración las palabras rituales:

Dios te gué bien guiada

Que en el cielo eres creada.

—¿Ves?— dijo Manuel, que era el más supersticioso de los dos.— ¡Vuelve á señalar para ellas!... Yo ya no señalo más, porque nacen «clavos» en las manos.

—¿A tí «te cortaron el aire,» Manuel? (1).

—Eso dice mamá. Á media noche me llevaron á la fuente, y me salpicaron de agua todo el cuerpo. ¡Estaría fría, el agua!... —observó alzando los hombros.

—Después me pusieron cara á las estrellas, y la mamá dijo:

Aire veo
Luz veo
Estrellas veo:
El mal de mi cuerpo
Por la espalda lo desecho.

Riéronse largamente. Estaría gracioso Manuel, desnudito, en carnes, al cuello de la madre.

Y luego, todos de espaldas, á ver cuando «se cortaba el aire.»

—Y se cortó. Ahora, en agradecimiento, una vez al año, á lo menos una vez al año, he de mirar por los agujeros del pañuelo á las cinco llagas, unas estre-

(1) Superstición popular que consiste en bendecir al recién nacido para ahuyentar los maleficios.

llas que están allá arriba, y rezar un Ave María.

—¿Siempre, siempre?

—Mientras viva. Luego que muera, iré á pasar tres días con tres noches dentro de una de ellas.

—¡De veras! —observó con incredulidad el hermano. — Tú no cabes allí...

—No lo sé: así lo dicen los libros.

Pero ya los brazos dolían de remar, dolían mucho...

Debía de ser tarde, y ellos no lo advertían, preocupados como iban por el deseo de alcanzar la estrella.

La noche estaba tranquila; no se movía en la espesura ni una hoja verde de sauce; un silencio continuo lo dominaba todo, completamente. Y balanceante y murmuradora, el agua del río iba echando espuma sobre la quilla, con cierto ruido de una blandura suavísima y dulce.

...¡Pero los brazos, cada vez dolían más!...

Ahora, en el cielo, había muchas estrellas brillantes, muchas, aunque ninguna ¡ya se ve! como aquella. Entretanto, los dos niños empezaban á mirar menos

hacia el lucero, porque irresistiblemente se les doblaba la cabeza sobre el pecho, y los párpados se les cerraban, á pesar de todos sus esfuerzos en contrario.

...¡Y los brazos, doliendo sin cesar!...

La lanchita vo-



gaba ahora á merced de la corriente, sin otro impulso. Dentro de ella... la música levísima de las respiraciones de los dos niños, adormilados...

Transcurrió así algún tiempo. De pronto, un ruido sordo, y luego un movimiento brusco de balanceo, hizo despertar al del timón.

En la gran alucinación del peligro, aterrado por el miedo, gritó en seguida:

—¡Manuel, Manuell

El remador despertó, sobresaltado.

—¿La estrella? Todavía está ahí, mira, —dijo incoherente, entontecido por el sueño.

—¡Una peña por cada lado! ¿Oyes el río? ¡Es ya tarde! — continuó afligido Antonio.

—¿Todavía no le pasamos adelante?— preguntó ingenuamente Manuel, refiriéndose siempre a la estrella.

Pero su hermano, sacudiéndolo convulsamente, procurando volverlo á la realidad, le gritó de nuevo, con lágrimas en la voz:

—¡Manuel, despierta! ¡Mira que estamos perdidos, Manuel!

Y así que se dieron cuenta del gran peligro en que estaban, prorrumpieron ambos en lloro convulsivo, agarrados uno á otro, heridos por un terrible pavor que la hora

y el sitio aumentaban cruelmente. Parecíales horrísono aquel murmurar continuo de la corriente; les afligía como si fuese el salmodiar monótono y ronco de una legión de malos espíritus, que preludiasen ante ellos las agonías lentas de la muerte. Parecíanles á los dos niños las rocas informes de las orillas, negros gigantes, que por un exceso de malvada indiferencia hubiesen jurado asistir, impasibles y mudos, á la obscura tragedia de su desgracia.

Y la lancha continuaba encallada; no había fuerzas humanas que la arrancasen de allí. Habían perdido los remos. Era forzoso esperar á que amaneciese y acudiera alguien en su socorro, alguien que oyese de lejos sus aflictivos gritos.

¡Cruelísimo trance!...

Y en tanto, los brazos seguían doliendo; dolíales ahora todo el cuerpo, á la vez que una tristeza cada vez más grave les oprimía el espíritu, y como que los embrutecía.

— ¡Y la estrella siempre allí!... — observó todavía Manuel, balbuciente de miedo, como si quisiese increpar á la propia

estrella por su indiferencia criminal, en medio de aquel enorme infortunio en que por causa de ella habían caído. — Si pudiese socorrernos...

Hasta que por fin, postrados por la fatiga y las lágrimas, de nuevo adormecieronse, ya muy entrada la noche.

Pero en su furia constante, la corriente, que era allí muy fuerte, no cesaba de batir contra las piedras y contra la pobre lancha indefensa. Por conclusión de tamaño lidiar, el río la impulsó de repente hacia un lado, donde las aguas se retorcián en remolino, y comenzó á hacerla girar violentamente. Cuando el agua se precipitó dentro, los dos pequeños, despertados súbitamente de este modo, prorumpieron en gritos desgarradores.

— ¡Socorro! ¡Jesús nos salve!

Despuntaba la mañana, serena, tranquila, llena de gorgeos y de colores. Mas como nadie acudía, y la lucha con el río era desigual, en una embestida más violenta la pobre barquilla, destrozada, enfiló de proa hacia el abismo, y allí se hundió para siempre. Mortalmente heridos, en el último paroxismo de su enorme dolor des-

esperado, los dos hermanitos, unidos en un abrazo, hundiéronse también con ella!...

* * *

...En aquel mismo instante... — y más lejos que nunca — ...la hechicera estrella acababa de cerrar también sus párpados luminosos!...



¡Madre!

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esperado, los dos hermanitos, unidos en un abrazo, hundiéronse también con ella!...

* * *

...En aquel mismo instante... — y más lejos que nunca — ...la hechicera estrella acababa de cerrar también sus párpados luminosos!...



¡Madre!

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Al Dr. J. C. da Motta Prego.

Guapa cabra, la Russa, — pueden ustedes creerlo. — La mejor del rebaño, lucida, de mullido pelambre, sin que se le vieran los huesos como á las otras, de continente altivo cuando al frente de la manada parecía ser su jefe, moviendo cadenciosamente el enorme cencerro — ¡talán, talán! — Era la que más trabajo daba al pastor, de todas las del rebaño, requiriendo particular vigilancia su atrevimiento; pues si

no le iban de continuo á la mano, no había árbol á que no trepase, especialmente si era olivo, ni brote nuevo que no triturase afanosa, con su diente acerado de rumiante.

Y luego, ahí donde ustedes la ven, resultaba cara, tan sólo por las multas, ya que, eludiendo muchas veces la atención del pastor, se metía por las huertas y jardines, causando estragos que los dueños justipreciaban en fuertes sumas. Por eso Alipio José, el pastor, á quien dolían las denuncias, colgó del pescuezo de la Russa el cencerro, para que se señalase mejor el paso del animal, pues era aquel cencerro de timbre más fuerte que el de los otros y mucho más grave.

Cuando pastaban en el monte, la Russa era de una audacia extrema. Daba gusto verla trepar á los últimos riscos, subir valerosamente á las aristas superiores de las rocas, muy serena, erguida sobre sus delgadas patas, alargando el cuello, ó arrodillándose sin temor para alcanzar las hierbas de los declives acantilados y escurridizos, sin medir el peligro ni cuidarse de los derrumbaderos, mientras las com-

pañeras se metían por las laderas y las cañadas, saboreando los brezos, sin atreverse á seguirla en sus arriesgadas excursiones de *turista*.

Si desde abajo la miraban, sentíase capaz de audacias superiores, y entonces retozaba con saltos funambulescos, de roca en roca, ó de garganta en garganta, sin cuidarse del riesgo que corría. Cada culebra que hallaba por aquellos parajes, era para ella una desesperación,—con tal furia la perseguía, y tal era la insistencia con que metía los cuernos en el agujero donde se escondiera el reptil. Sonaba entonces el cencerro con fuerza, y Alipio, que dormía á la sombra de las encinas, con el sombrero echado á la cara, incorporábase sobre un codo, y gritaba hacia lo alto con su vozarrón que despertaba eco:

—¡Cuidado, Russa!

Y después, de bruces, estirado sobre la manta, de codos en el suelo, la barba apoyada en las manos abiertas, Alipio José entretentase en mirar á la cabra, envidiando aquella facilidad para subir á los más elevados picos, admirado de los

saltos que ella daba para salvar gargantas pedregosas y verticales, donde, si llegaba á caer, moría sin remedio. Y por allá se pasaba la Russa los días enteros, en perpetuo flaneo por sitios inaccesibles al resto del rebaño, resguardándose de la lluvia en los huecos de las rocas, donde hacían nido las águilas.

* * *

En uno de esos sitios fué donde la Russa tuvo su primera cría, y allá se quedó, no sé si durmiendo ó velando, toda la noche. Al día siguiente quiso bajar y unirse al rebaño que la esperaba. Más de cien veces, mirando hacia la cima de la ladera, hubo de gritar Alipio José desde abajo, cada vez más desesperado:

— ¡Ven acá, Russa!

Y creyendo que le llamaría más la atención de este modo, púsose á agitar con furia el badajo de los cencerros, gritando sin cesar:

— ¡Russa! vuelve al ganado, ¡Russa!

¡Mas era imposible! No se lo permitía

la quebrada en que vino á dar á luz, ni el cabritillo podría, — ¡pobrecillo! — bajar por tales declives, tan pedregosos y ásperos. Pero de noche era tan intenso el frío en aquellas alturas, que el cabritillo se helaba, apretándose contra su madre, que le envolvía en su aliento para calentarlo, y lo estrechaba más y más para transmitirle el natural calor de su cuerpo enflaquecido y doliente.

En las altas horas de la noche, en la lúgubre soledad de aquel sitio, acantilado é inabordable, entre peñas escarpadas donde silbaba el viento lúgubrementemente con una especie de cántico doloroso y prolongado, el balido de la madre, que expresaba angustias y desesperaciones íntimas, respondía al débil vagido del pequeñuelo, cuya vida parecía irse apagando de hora en hora, de instante en instante, ateriéndosele con el frío los miembros delicados y tiernos.

Tales eran las noches de los dos infelices animales. Con tales fríos y dolores, imposible dormir. Toda la noche pasábanla en vela, gimiendo, estrechándose más y más el uno contra el otro, en un como

abrazo de eterna despedida,— amigos que fbanse á separar para un largo viaje de tinieblas, con el corazón traspasado de tristeza, suspirando y gimiendo, en un adiós que era infinito, como infinito era el amor que los unía...

Y á cada momento, como toque funerario, sonaba el cencerro lúgubrememente, asustando al cabritillo, como si fuese aquella la señal del último trance...

Para mayor desgracia, las noches eran sin luna. Enclavadas en la bóveda, las estrellas bostezaban soñolientas, en una criminal indiferencia ante aquel dolor supremo, de que eran únicos testigos.

Y balando mucho, balando siempre, la pobre madre pedía al cielo, cuando menos, la vida de su hijo,— ora suplicante en balidos de resignación que un profundísimo dolor ungtá, ora desvariada y loca, en gritos que significaban blasfemias, blasfemias de desesperación contra el cielo que no la oía, y contra la muerte que claramente sentía aproximarse, para estrangularle al pequeño, á quien ella amaba tanto.

Y para hacerle más cruel su enorme

dolor, la ironía acerba de los cencerros vocingleros de las compañeras que andaban por los montes del otro lado, dejándola allí sola con su hijito, en espera de la muerte que era inevitable.

Entonces, irguióse por un momento. Agitó convulsivamente el pescuezo, y esparcióse por el aire el triste sonido del cencerro, lentamente, en un ¡adiós! ¡adiós! de despedida á las compañeras felices que allá iban con vocinglero resonar de cencerros...

* * *

En aquella soledad, los días eran mejores. Con los primeros rayos de sol, comenzaban ambos á reanimarse; poco á poco desentumecíanse los miembros y la sangre circulaba.

¡Y el cabritillo sin poder bajar todavíal...

De pie, al lado del hijo, la pobre cabra lanzaba miradas compungidas á los bordes de la ladera, ya para un lado, ya para otro, desvariada y trémula, como escogiendo el mejor camino para condu-

cir á su hijito. ¡Pero todos eran horribles! Bosques y roca viva era lo que se veta por todas partes. Y después el río, allá abajo, rugía en las cascadas, aumentándole el recelo.

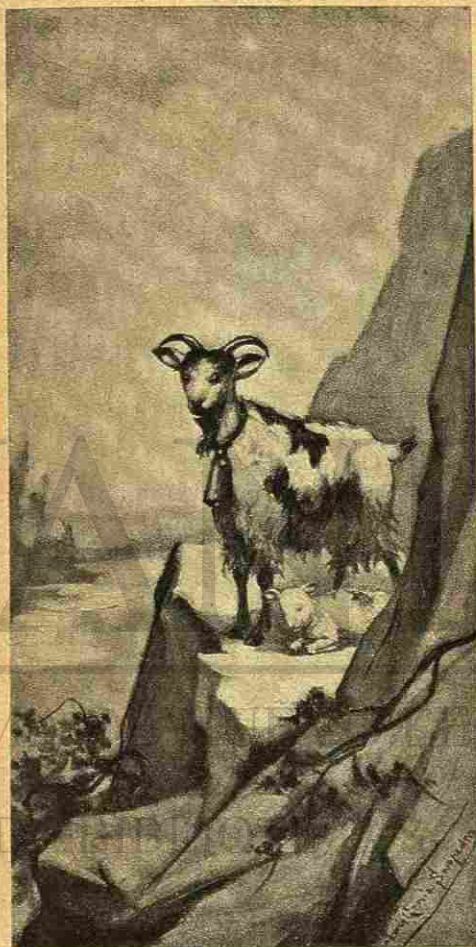
¡Imposible, imposible!

Y sentíase desfallecer por falta de alimentación, pues la hierba que por allí había, estaba ya comida y recomida por el pastar miserable de tres días seguidos.

En un momento de desesperación, cuando el hijo eran más dolorosos y continuos, recobró el valor la cabra, y asegurando entre los dientes el recién nacido tentó el primer paso, arrastrándolo por la ladera, por el sitio en que el declive era menor. Mas en breve hubo de desanimarse la pobre, porque el pequeño, así arrastrado, gemía más y más, convulso y trémulo...

¡Imposible, imposible!

Nada hay que pueda significar el dolor de aquella madre, y traducir en palabras la escala de sentimientos y emociones expresadas en su balar. Echóse de rodillas sobre el cuerpecito de su hijo que, rígido, gemía y estremecía, tendido en el



suelo, con la pesada postración del último desaliento. Animábalo con caricias, aproximábale á la boca las enflaquecidas y fofas ubres, invitándolo á mamar como si aquella leche pudiera comunicar al hijo el valor que á ella misma faltaba en tan aflictivo trance...

Mas, poco á poco, la noche iba cayendo. Habíase apagado ya el último reflejo del ocaso, y sobre las gargantas de los montes pasaban sútilmente las primeras nieblas, blanquecinas y tenues. A medida que las tinieblas se condensaban, decrecían los ruidos en todo el horizonte, acentuándose cada vez más la soñolienta melopea del río en las presas. Surcaban los aires las aves que volvían al nido. Bandos de palomas, como flotantes trozos de armíño, cortaban en vuelos mansos la tranquila profundidad del cielo, en busca de los palomares y de las casas, donde refugiarse de la noche que iba cayendo. Bandadas de perdices y de tordos pasaban por allí alegremente, con sonoros chillidos, cayendo de pronto sobre el monte para esconderse en las estebas y en los brezos. Por las hierbas secas arrastrábanse

apresurados los reptiles, y bajo los matorrales bravíos la liebre buscaba su cama...

Y todos tenían nido—palomas voladoras y resonante bando de perdices, los que cruzaban el aire y los que se arrastraban por el monte, lagartijas, lagartos, culebras, toda la colonia vagabunda de reptiles y aves, que pasó alegremente el día y marchaba ahora á recogerse, para volver á empezar cuando amaneciera de nuevo...

Tan sólo la desgraciada cabra, allí, junto al tierno hijito, no volvió á dar un paso. Con las brumas de la noche vinieron las brumas de la tristeza para su herido corazón de madre. Ya llegaba el frío á flagelar al pequeño...— al hijo, ¡que estremecíase arrimado á ella, el pobrecillo!

Estallaba por todas partes el ric-ric sonoro de los grillos, vivo y cantante en aquel silencio que se definía. Cerró del todo la noche. El cielo era bajo y nuboso. Centelleaba á trechos la bóveda, irradiando una luz mortecina y blanquizca, que hacía pensar en los últimos trances de las criaturas, en que la vida gradualmente se extinguiese en un vago palpitar de párpados soñolientos...

Cuanto más entraba la noche, más preñada de melancolía era la torva apariencia del ambiente y del cielo. Noche peor que las anteriores, aunque con menos balidos, porque madre é hijo hallábanse extenuados de fuerzas y ni gemir podían. ¡Y la muerte que no llegaba, para arrancarlos del abrazo en que se unieran, apenas cerró la noche!

A breve distancia, estaba cortado el monte por garganta hondísima, abierta en la roca viva. Del lado opuesto, y casi enfrente de los moribundos, encendiéronse en las tinieblas dos puntos fosforescentes, de una claridad verdosa y dorada. É inmóviles, aquellos dos ojos amenazadores de lobo, que parecían estar privados de párpados, proyectaban su luz siniestra en dirección del grupo que velaba. La naturaleza entera retraíase en un como pavor medroso, en que se concentraban los íntimos terrores y los silencios lóbregos de las altas horas de la noche. Cerrábase más en el cielo la falange muda de las nubes, espesándose en tintas negras, impenetrables y caliginosas, sin centelleo de estrellas por fugitivo y tenue que fuese...

Y siempre, constantemente inmóviles en la pesada obscuridad, aquellos dos ojos llameantes, de momento en momento más vivos, escrutando en las tinieblas la dirección más exacta del grupo. Transida de miedo, arqueándose convulsamente en el último paroxismo de su enorme dolor, la pobre madre no osaba arriesgar ni un sólo movimiento, y apretaba más y más contra el suyo el cuerpo inanimado del hijito que parecía dormido.

Ast durante horas, que aquel atroz suplicio hizo enormes, casi eternas, llenas de acerbos sufrimientos y de indecibles angustias, vacías de esperanzas, tocante á la vida de su hijito.

De repente, aquellos dos puntos brillantes apagáronse en las sombras, y de nuevo los vió brillar la cabra, pero ya á más larga distancia. Estremecióse la pobre con súbita alegría—y con el impulso que sufrió todo su cuerpo, hasta entonces encogido, sonó el cencerro. Volvió á correr el lobo; y entonces la sin ventura vió errar en la obscuridad, como dos grandes coleópteros de alas fosforescentes, los ojos antes inmóviles del enemigo. Y por allí

anduvo la noche toda, husmeando y allando, hasta que, cansado de escudriñar lo insondable, se fué ladera abajo, á los primeros asomos de la madrugada que venía dulcemente, alumbrando picos y aristas.

* * *

Al romper el alba, el cielo estaba despejado. Apenas si de trecho en trecho penachos de blancas nubes hacían ondular sus transparentes cendales, que se desgarraban lentamente al menor soplo de brisa. Poco á poco el azul iba palideciendo, diluyéndose en la luz blanquecina que venía de lo alto en gradaciones imperceptibles y suaves.

Comenzaban á animarse las lejanías del paisaje, y la retina acusaba ya las diferencias más salientes de los campos y huertas: pedazos que blanqueaban con el rastrojo, tonos pardos de olivares, tierras plantadas de viñedo y pinares espesos que bordeaban desfiladeros y tocaban el cielo en lo alto de los montes.

Por las laderas de enfrente, caminos y atajos corrían en zig-zag hasta el arenal de la orilla. En torbellinos de blanquísima espuma, precipitábase el agua en las presas, murmurando en los altos riscos de las orillas, ennegrecidos é informes, de una mudez contemplativa y perpetua. Del tejado del molino, allá abajo, elevábase tranquilamente en el aire sereno y dulce una columna azulada de humo, hasta perderse en el espacio amplio y halagador, como una ambición ó como un sueño.

Entonces fué cuando Alipio José, al frente del rebaño, abordó de nuevo aquellos parajes, con el propósito de recobrar la cabra extraviada.

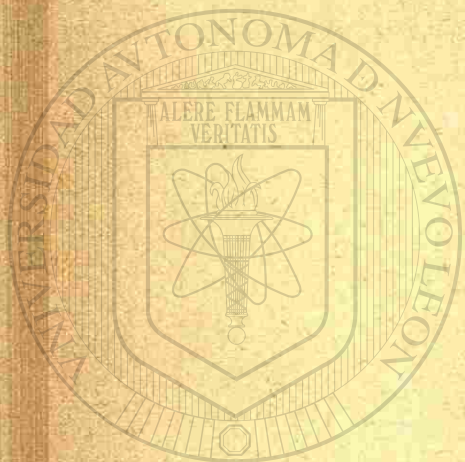
—¡Russa! ¡Ven acá, Russa!

Mas precisamente á esa hora, la Russa exhalaba el último aliento, tendida sobre el cadáver del pobre hijito muerto!...

Y al filo del mediodía, cuando e sol

caía abrasador sobre las rocas, pasaba en dirección de la montaña, graznando lúgubremente, la hambrienta legión de los malditos cuervos...



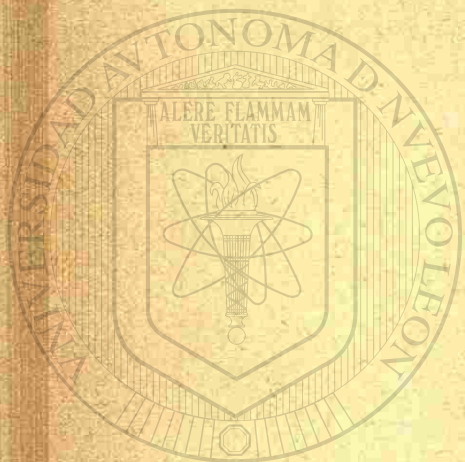


¡Væ Victoribus!

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡Væ Victoribus!

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A María Lucilla.



En Diciembre, á las seis es completamente de noche. Minuto más ó menos, á esa hora volvía del monte José Gaio, solo, con el azadón al hombro, un poco mareado con la tronada que rugía á lo lejos sordamente. Sobre su cabeza, el cielo ibase tornando cada vez más negro, con esa negrura espesa de tempestad, que infunde pavor á los hombres y de la cual sienten miedo los mismos pájaros. Cesó de

llover; pero el viento Sur comenzó entonces á soplar, agitando las grandes ramas desnudas de los castaños, haciéndoles murmurar no sé qué extraña elegía... Al brillar un relámpago más vivo, José Gaio apresuró el paso, persignóse y rezó el *Magnificat*. El trueno sonó al punto lúgubre, cavernoso, arrastrándose en retumbos por la inmensa anchura del cielo. Bajo los pies sentía José Gaio el camino barroso, encharcado por los fuertes chubascos de todo el día. Pero ya no distaba mucho el puente. Después venía la ladera, y en medio de la ladera la casa.

— ¡Vamos allá, con ayuda de Dios! — decía animándose.

Una súbita claridad de relámpago lo deslumbró. Ante sus ojos surgió de repente el paisaje mágicamente iluminado y en seguida desapareció. Echó entonces á correr, aterrado; mas tan fuerte vino en seguida el trueno, que instintivamente el hombre se detuvo y elevó al cielo las manos suplicantes, con un gesto que imploraba misericordia. En aquella inminencia del peligro, hasta los árboles le

parecían petrificados por el terror, á orillas del camino. Y al través de los castaños, el sordo rumor del viento era como la voz suplicante de la Naturaleza, uniéndose á la voz del hombre en un nutrido coro de súplicas..

José Gaio iba transido. Mas hubo de hallarse peor, cuando de repente, sin saber de dónde, alguien lo llamó con voz lúgubre:

— ¡José Gaio!

El hombre paróse. Y como muy cerca de él se irguiesen los brazos de la negra cruz que indicaba haber sido muerto allí José Tendeiro, años ha, apretó el paso y tomó por un atajo en dirección al puente. Pero entonces la misma voz repitió más próxima:

— ¡José Gaio!

Quiso huir, mas parecía que el miedo le cortase las piernas. Brilló en esto un relámpago, que iluminó de mil colores el paisaje. Cerró los ojos con fuerza, nerviosamente, herido por aquel resplandor, que de milagro no lo hizo rodar por tierra. Y cuando bramó el trueno, rudamente, yacía el campesino en el suelo, inmóvil

como una estatua. Entonces sonó de nuevo la voz, como una prolongación del trueno:

—¡José Gaio!

Iba á seguir para ganar el puente. Parecía que, una vez traspuesto, treparía á la ladera en un instante. Pero involuntariamente, cediendo á una fuerza violentísima, comenzó á retroceder, tambaleándose. Aquel rugir del agua, que bajo del puente formaba remolinos, rugir violento y monótono, infundióle gran pavor. Tuvo miedo, y empezó á recular... Sólo paró al oír la misma voz de antes:

—¡José Gaio!

Y luego, tras de la voz, como un rastro, un intensísimo relámpago color de sangre. Lo vió todo rojo, como incendiado, todo menos aquella cruz obscura, de largos brazos siempre abiertos y siempre firmes, que parecían desafiar la tempestad...

Aquella serenidad de la cruz, lo aturdió. Diríase que ese noble ejemplo de altivez venía á humillar más su flaqueza. Desvió la mirada y cerró convulsivamente los párpados. ¡Pero en vano! que fué



tan vivo el resplandor y tanto le hiriera en el cerebro, que sobre un fondo color de sangre, como en un transparente de magia, veía claramente dibujada, siempre firme y siempre altiva, la cruz que lo aturdió. Entonces sintió impulsos de huir: una oleada de valor parecía dilatarle el pecho, empujándolo. Y precisamente en este momento, la voz volvió a llamar:

—¡José Gaio!

Sintióse quebrantado, transido hasta lo más hondo de su ser. Un gran desfallecimiento lo invadió completamente, quebrándole la última fibra de su energía, como se quiebra un mimbres seco. La parálisis le atacó también al cerebro: no acertaba a formar un sólo raciocinio ni elaboraba siquiera una idea, por más sencilla que fuese. Y fué preciso un enorme trueno para que se estremeciera todo, conmovido como la misma tierra. Después, otro relámpago hizo revivir en él la vida del espíritu; sintió gran pavor ante aquel súbito aspecto del campo, que delante de él perdíase de vista, encendido, como si todo estuviese en llamas. Aquí un pinca-rascal, una ermita allí, por todas partes

casas, surgían de improviso, dibujando claramente sus contornos, definidos maravillosamente en sus actitudes. Los grandes árboles desnudos, sobre todo, tenían un aire fantástico, en aquella nítida pureza de recorte, que trazaba en la luz las sinuosidades más delicadas de las ramas y los troncos. En medio de esta decoración mágica, á la vez majestuosa y tétrica, el triste campesino sentíase lleno de pavor, jadeante y casi inerte, tirado por tierra, rígido como la cruz que tenía delante. Y ni un sólo gesto implorativo, ni una sola palabra de súplica le saltó de los crispados labios. Porque una vez que trató de hablar, el más formídate trueno le cortó en la primera sílaba. Además, aquella voz no cesaba, imperturbable y monótona:

—¡José Gaio!

Y él, sin responder, ni hablar, creía conjurarla, exorcizarla, como si fuese la voz de un duende. Y á esta evocación de lo sobrenatural, ayudaba mucho, como el lector comprenderá, aquel aspecto sereno de la cruz negra, inmovible bajo el ala azotadora de la tormenta.

Vino en esto la lluvia, en gruesas gotas al principio, en hilos de agua después. Azotábalo inclemente, impelida ahora por un furioso viento Sur. No dió un paso para procurarse abrigo, ni siquiera se movió. Como todo él ardía en fiebre, aquel diluvio era casi un beneficio divino para su cabeza hecha un volcán. Pero cuando brillaron los relámpagos, aquella reverberación de la luz en los hilos de agua, le produjo un deslumbramiento más fuerte. Y quedó inerte sobre el camino enlodado, por donde el agua corría impetuosa, á la vez que la voz de siempre, sobreponiéndose al trueno, repetía del lado de la cruz:

—¡José Gaio!

Cobarde, sucio como un sapo, empapado hasta los huesos, así quedó; — de bruces. Después, cuando abrió los ojos, en el gran charco en que tenía casi hundida la cara, veía reflejar la cruz á cada relámpago. Allí estaba ella, en su sitio, altiva, serena, sin temor á nada, recta como un ejemplo... Y luego que pasó el diluvio, de sus brazos abiertos las gotas de lluvia caían, rojas por efecto

de la luz, como gruesas lágrimas de sangre...

¡Cobarde! Ninguna comparación puede dar idea del estado de postración de aquel miserable, reducido por el terror á una casi inacción de animal muerto. Diríase que era un inmundo sapo, caído allí, abandonado en el fango innoble del camino, en espera de la arroyada que lo arrastrase... ¡Era abyecto!... Y á la vez que aquella bestia yacía así, aturdida, como buey postrado por un martillazo, en el extremo del horizonte, hacia el Sur, las fantásticas torres de las grandes nubes plumizas, listadas de negro y rojo, ametrallando con furia el espacio en todas direcciones, era todo cuanto nuestro espíritu puede concebir de más grandioso y más sublime, épico y trágico al propio tiempo, soberbio, majestuoso, imponente.

Pero la voz ofase siempre, por encima del viento, por encima de los truenos, aquella voz:

— ¡José Gaio!

Así por largo tiempo, horas tal vez. El entorpecimiento causado por el frío agra-

vábale el otro, el del miedo. Parecía pegado al fango, sujeto al camino como si fuese una roca. En tanto, á intervalos, tenía la conciencia clara de su posición y de su estado; y entonces una rabia súbita lo galvanizaba: quería erguirse, huir, desaparecer, — erguirse como aquella cruz, huir como aquel viento, desaparecer como aquellos relámpagos, que no dejan rastro ni dan tregua...

Tales arrebatos de coraje eran, sin embargo, efímeros, impotentes para provocar un movimiento. Aquel diablo tenía que morir allí, miserablemente, innoblemente, como un perro á quien hubiesen amputado las cuatro piernas. Y esta idea, que le sugirió el instinto de vivir, lo atemorizó todavía más que la misma tormenta. ¡Morir allí! ¿Pero, qué duda tenía, si nadie le socorría, si no pasaba por allí alma viviente á tales horas? ¡Era horrible! En medio de un camino, en una medrosa noche de tempestad, al pie de aquella cruz negra de largos brazos, rígidos: — ¡morir allí!... ¿Vertíase quizá por él las lágrimas que parecía llorar la cruz?...

En esto pensaba, cuando un momentáneo silencio le permitió oír pasos á distancia. Alguien venía. Quienquiera que fuese, tenía que pasar por allí, que tropezar con él tal vez. Súbitamente, sintióse revivir. Estaba salvado. En breve estaría

de pie, de pie como aquella cruz que un relámpago muy vivo acababa de mostrarle... Mientras tanto, la voz era la que no cesaba:

— ¡José Gaiol!

Mas los pasos ibanse acercando; y entonces, recelando que lo pisoteasen, reunió en supremo esfuerzo todas sus

mayores energías y se corrió hacia un lado, hasta quedar detrás de unos arbustos. Cosa notable fué, señores, que aquel miserable, en vez de gritar, callase, y se recogiera completamente en una absoluta



quietud, con miedo de que lo sorprendieran... Y quienquiera que fuese, pasó, con la cabeza descubierta, por delante de la cruz que goteaba... A los oídos del miserable llegó un como murmullo de rezo... No iba sólo rezando, iba también llorando, aquel hombre...

... ¿Quién sería?

Una claridad blanca de relámpago hizo surgir de las tinieblas, lívido como un espectro, al hijo de José Tendeiro...

El desgraciado lloraba por el padre, asesinado allí, años ha, en una noche como aquella...

Pasó, ladera abajo, en dirección del puente viejo. Sólo aquel cobarde no se movió, postrado sobre los brazos, casi pegado á la cruz.

Y así estuvo horas y horas, hasta que, muy entrada la noche, cesó la tormenta, perdiéndose en un murmullo incesante, allá en el límite extremo del horizonte.

... Cuando salió la luna, lívida en un cielo de añil, ni la grande sombra de

la cruz, cayendo sobre aquel cuerpo como un beso ó una bendición, logró reanimarlo, ¡Había muerto aquel estafermo!

Al otro día, como es consiguiente, fué allá la justicia. El anciano cura llegó después, á buscar el cuerpo. Los médicos no lo habían movido.

—¡Sangre por los ojos, sangre por la boca, sangre por la nariz, una congestión de padre y muy señor mío!—dijo uno riendo.

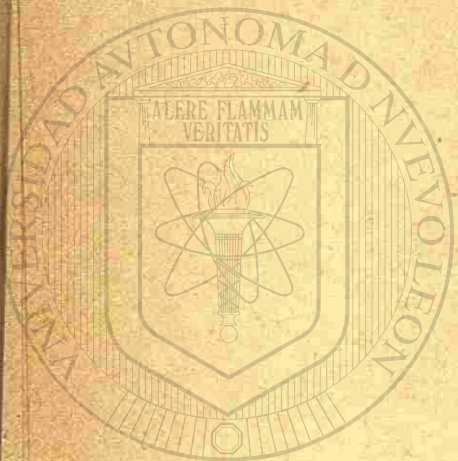
—Y muy mal empleada,—añadió el del lado, indiferente.

Pero cuando los de la camilla dijeron á un tiempo—¡*Upa!*—el buen viejo del cura cayó de rodillas delante de la cruz, en una convulsión agudísima de lloros. Y elevando al cielo las manos cruzadas—al cielo que un divino azul tornaba diáfano—exclamó sollozando:

—¡Señor, Señor! ¡Vuestra justicia es tremenda, como es infinita vuestra misericordia!

... Secreto de confesión...—pero el cura bien sabía quién había matado á José Tendeiro...





Maruja

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Maruja

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ustedes se acordarán de Maruja, aquella flaquita de pelo muy castaño, casi rubio, que vivía enfrente de la redacción, ¿no recuerdan? Aquella bondadosa muchachita era amiga nuestra, ¿no es verdad? Siempre

benévola y complaciente para con nuestras barbullas y algazaras de todo el día y de toda la noche. Y ustedes saben bien qué tales eran nuestras barbullas y algazaras...

Yo admiraba en Maruja una rara virtud, completamente original y encantadora,—la de no mostrar jamás en su amis-

tad preferencia por ninguno de nosotros. Diríase que era nuestra hermana, ó también nuestra madre, pues que nos quería á todos por igual, la pobre Maruja de ojos azules y suaves...

No sé si ya lo dije: adivino el interés con que os preguntaría por mí, en mis días de holganza, á juzgar por la solicitud é interés con que me preguntaba por vosotros, cuando hacíais novillos al trabajo.

—¿Y esos perezosos? ¿Y esos picarones? ¿Está alguno enfermo?

—De calaveradas, Maruja. Todos andan en eso...

—¡Vaya, hombre!—decía ella casi escandalizada.

¡Ah, y cómo me acuerdo ahora de la franca vivacidad de las sonrisas que nos enviaba, cuando todos en grupo, asomando unos la cabeza por encima de los hombros de los otros, conversábamos locuazmente con ella, de ventana á ventana, en un *tête-à-tête* (1) que duraba horas, con mucha familiaridad, con mucho abandono, casi tuteándonos mutuamente.

(1) En francés, en el original. (N. del T.)

¡Cómo lo recuerdo!

Ella tenía siempre una palabra y una sonrisa para las mil preguntas que le diríamos, y por tanto, una gran paciencia, inagotable. Nosotros, los troneras, casi llegábamos á adorar en aquella ingenuidad sencilla de su corazón de veinte años. La buena de Maruja era adorable, toda bondad y paciencia para nuestras trapa-tiestas y nuestras algazaras de toda hora y de cada momento.

Pero de lo que no me acuerdo, y quizás tampoco ninguno de ustedes, es de cómo ella se familiarizó con nosotros y nosotros con ella. Lo cierto es, muchachos, que nosotros la considerábamos como una compañera de redacción, especie de directora con casa aparte y vida independiente, pues que si entrábamos en el despacho (¡parece que estoy viendo aquella baranda de despacho!) y, asomándonos á la ventana, no la veíamos en la suya, decíamos casi sin querer, pero invariablemente:

—¡Malo! Hoy falta Maruja. ¡Diantre! ¿Dónde estará Maruja?

Y momentos después desfilábamos todos, uno ahora, otro luego, á la desban-

dada, así que nos convencíamos de que ella pasaba la tarde fuera, en casa de la *hermana* de Quebra-Costas. — De esa, sí se acuerdan ustedes... Y también deben recordar que Maruja, al día siguiente... — ¡pobrecilla!— ...lo primero que hacía era disculpar su falta; « estuve aquí, estuve allí, fui de compras con mamá, » un poco ruborizada y confusa, como si en realidad su obligación consistiese en estar allí aguantándonos. Poco faltaba para que la excelente muchacha nos pidiese, con las manos cruzadas, que la perdonásemos.

Y entonces nosotros, juguetones, deseosos de broma:

— No diga usted más. El tribunal le perdona la falta...

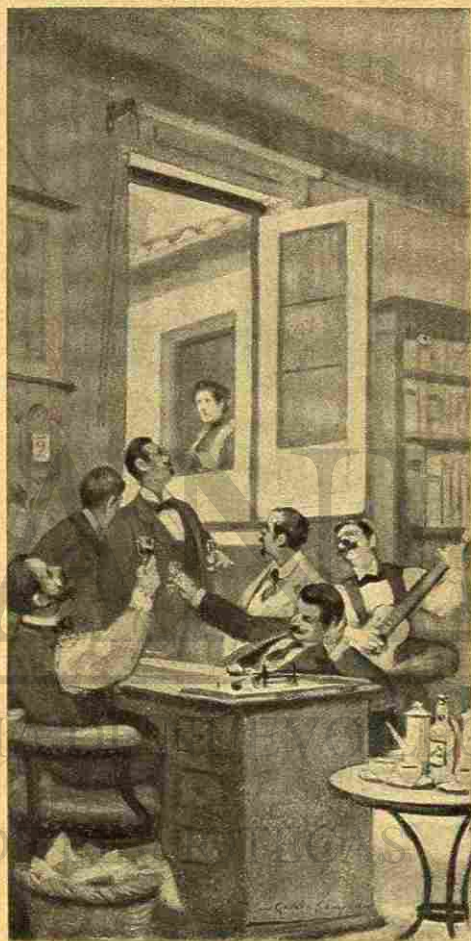
Y ella, más confusa, dándole vueltas en el dedo á su sortija de cobre:

— Pues sí, pero á veces...

— ¿A veces, qué?

« ¡No! ¡Vaya, se acabó la broma! Ninguno creía que ella estuviese enfadada con nosotros. Salió, porque tenía que salir; ¡no faltaba más!... »

— ¿Pues, no es cierto, — le preguntá-



bamos, — que ella adoraba á aquella *troupe* (1) de bohemios?

— Todos son muy buenos muchachos, — decía ya sonriente. — Todos me tratan muy bien...

Y cuando esto decía, su rostro menudito y muy pálido se iluminaba de gozo, y sonreía con íntima gratitud. Mas, ¿por qué simpatizaba con nosotros, la pobre Maruja?

Cuando nos veía en francachelas interminables, bebiendo coñac y café, oíase desde su ventanana un ¡psht! muy silbado.

— ¿Qué manda doña Maruja? ¿Qué desea?

Y ella, levantando los ojos de la labor, con aires de formalidad:

— ¡Mando que escriban, que trabajen!

¿Hicieron ya el periódico?

¡Qué afanes pasaba por el periódico!

— ¡Háganos el favor de no hablar de cosas tristes! ¡Vaya una salida, el periódico!

Ella entonces, por única respuesta, nos citaba las veces que en la semana anterior

(1) En francés, en el original.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había venido el impresor á quejarse de que hacía falta original, y cuantas otras el muchacho de la imprenta había estado á pedir las pruebas corregidas.

Y ya que hablo de pruebas: Maruja conocía todas las señales de corrección, todas.

—Oiga usted, Maruja; aquí hay una letra de más en una palabra.

—Pues se tacha con una raya, se pone otra al margen y una especie de &: es cosa fácil.

—Una *m* patas arriba; ¿y ésta?

—Se tacha, y una línea ondulante al margen. Está usted harto de saberlo.

Cuando veía á alguno de nosotros sentado á la mesa, escribiendo, pedía siempre que le fuese mostrando las cuartillas, á medida que las escribiera, tal vez porque adivinaba qué eso era un estímulo. Todos accedíamos á su petición; y apenas trazada la última letra, cogíamos la cuartilla y decíamos, mirando á la ventana y haciéndole señas con el papel:

—Maruja, ya hay una; vaya contando. Mire: escrita de arriba abajo.

A la tercera que se le mostraba, res-

pondría ella con un ¡bravo! y recomendaba, solícita, cinco minutos de distracción, mientras se fumaba un cigarrillo.

Maruja era quien nos cortaba las fajas para el periódico y quien nos confeccionaba la goma en los días de correo. ¡Qué buenas fajas y qué excelente goma! En pago de esto, cuando llegaba de la imprenta el periódico, casi siempre los sábados por la noche, el primer ejemplar era para ella. Como la calle era estrecha, se lo tirábamos de ventana á ventana.

—Maruja, ahí va, todavía húmedo.

—Muy bien, gracias. Lo voy á leer; hasta mañana.

Corríamos todos á la ventana, para dar las buenas noches á nuestra amiga.

—Que usted descanse, ¿eh?

Y al día siguiente, Maruja repetía á cada autor frases y frases del artículo publicado, y juraba que nos conocía por el estilo aunque mudásemos de pseudónimo. Por supuesto, siempre benévola: todo lo encontraba muy bueno, «escrito con mucha gracia y muy bien,» como ella decía.

En las veladas que celebrábamos, y que

por regla general no pasaban de una interminable charla, hablábase mal de las mujeres, discutíanse escándalos, descubriáanse secretos, poco más ó menos como en todas las redacciones... Pero de Maruja nadie tenía que decir sino bien; era la privilegiada de aquellas sesiones de maledicencia. Casi siempre la conversación degeneraba en algazara—uno á quien se le ocurría cantar, otro que iba por la guitarra y gemía cantares con acompañamiento de guitarreo. Y era de ver cómo Santos Mello, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada á un lado, cantaba su cuarteta predilecta:

Son canciones misteriosas
Canciones de enloquecer
Que el lirio dice á la rosa
La rosa repíteme.

Pero en medio de esta baraúnda, siempre había uno que recomendaba silencio.

¡Con mil demonios! No consideraban que Maruja no podría pegar los ojos...

Y sin embargo...—¡suprema bondad!
—nunca se quejaba cuando, á la mañana siguiente, venía á decirnos hasta qué hora

había durado el estruendo, lo que habíamos tocado, lo que se cantó, quién había reído más, y hasta las veces que las sillas rodaron por el suelo.

«¿Ven ustedes? ¡No la habíamos dejado dormir! Mil perdones, Maruja; palabra de honor, ¡de ahora en adelante!...»

Acudía ella al punto, como á remediar una gran desgracia:

—No, no, si hasta me dió gusto. Me entretiene ver á ustedes alegres; hacen bien, ¡no faltaba más!...

* * *

Pues, amigos míos, la buena de Maruja, murió, ¿no lo sabían ustedes? ¡Y murió tísica, la desgraciada Maruja! Sólo después que lo supe fué cuando comencé á pensar en aquella tosecilla muy seca que á veces le notábamos, en aquella blancura pálida de su cara, en el azul obscuro de sus ojeras, en la transparente delgadez de sus manitas de marfil...

¡Pobre Maruja!

Hará tres meses que desapareció de su

ventana, donde seguía yo viéndola después que acabó el periódico. ¿Acaso podía yo figurarme dónde había ido a parar?...

¡Mal dijera que estabas en el cementerio, tan lejano y tan solitario! ¡quizá en la fosa común, sin unos pétalos de rosa en tu sepultura humilde, sobre la cual caerá en este momento lluvia y más lluvia! ¡Si al menos todas las noches fuesen de luna!... ¡Triste amiga mía! cómo recuerdo ahora lleno de melancolía tu frase de infinita bondad y de infinita resignación:

— «...Me entretiene verlos alegres, hasta me hace bien...»

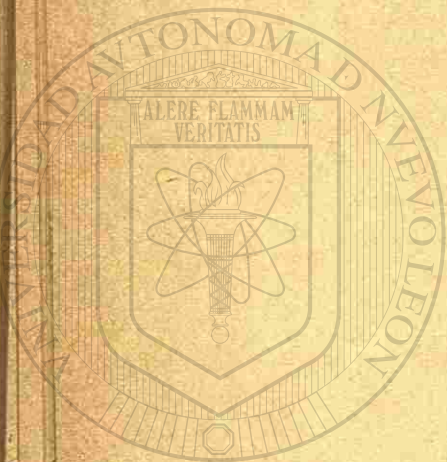
Lo comprendo ahora todo: vivías de nuestra alegría, ya que tu alma estaba triste... Mas, ¿por qué no nos dijiste, ¡pobrecilla! que en esa sencilla frase iba envuelta la revelación del presentimiento que tenías, de tu muerte prematura? ¡Triste niña, a quien ya no veremos más!

Atiende, Maruja, escribí cuatro cuartillas. Ya no me dices — ¡bravo! — ya no...



...¡Dios mío, Dios mío! Para que la tierra produzca diamantes y de ella broten flores, quizá sea preciso que estos cuerpos le vigoricen la savia....





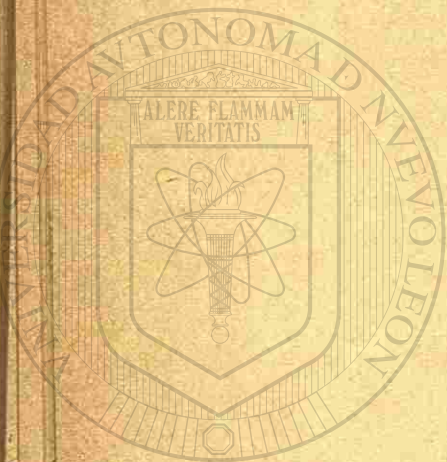
En la escuela

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





En la escuela

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La escuela estaba en el viejo caserón del convento: escuela de primera enseñanza. Abríase la puerta amarilla, con fuertes pinceladas rojas, en lo alto de la gran escalinata de piedra, tan suave, que era un regalo subirla. Obra de frailes, ya pueden ustedes figurarse... Había principiado ya la clase cuando Elena entró conmigo, llevándome de la mano. Prodióse un silencio en los bancos, donde los chicos rumiaban sus lec-

ciones y su tabla de multiplicar en un ritmo cadencioso y monótono, canturreando. Y sonó entonces la voz de Elena, que decía al señor maestro, personaje de anteojos y cara afeitada, melenas blancas por bajo del pañuelo rojo, atado en nudo sobre la cabeza:

—Muy buenos días. Me envían á decir de casa que aquí está el encarguito.

¡Oh, oh! El encarguito era yo, que iba por vez primera á la escuela. ¡Allí estaba el encarguito!

—Está bien, hágame entrega... ¿Y en casa, cómo van?

Y á la vez que el anciano maestro me sentaba sobre sus rodillas, colgábame Elena en el brazo el cordón del saquillo colorado, con borlas, en que iban metidas no sé qué cosas. Mi padre era quien lo sabía... Y allí estaba yo sobre las rodillas del maestro, con la gorra en una mano y el saquillo rojo en la otra, muy comprometido. Elena, que sonreía forzosamente, inclinóse para darme un beso, y díjome adiós.

—Adiós, Pepito, luego vengo por tí. Lloriqué, quise salir con ella.

—No, ahora el niño se queda aquí,—díjome Elena.—Esto es la escuela, donde se aprende á leer.—Y agachándose delante de mí:

—Mira cuánto niño, ¿ves?

—Pero quédate tú también,—díjole yo entonces.

En los bancos hubo una risa general. El maestro tuvo que intervenir, iracundo.

—¡Silencio, pillastres! ¿No ven que hay personas extrañas! ¡Chitón, ó la emprendo á palmetazos!

Reparé entonces en toda aquella chiquillería. ¡Ah! ¡todos ellos eran conocidos míos! ¡Viva! Y estaban todos alegres, por las muestras. Me reanimé. De ese modo, ya podía quedarme; estaban allí mis amigotes, y hasta llegué á reirme de los gestos que me hacían algunos, particularmente Esteban.

—Es preciso tener mucha paciencia, señora Elena, gran dosis de paciencia. El maestro necesita ser un santo. (Pausa. Mirada severa á los bancos).—Pues está bien; diga allá que el encarguito queda aquí. En buen hora entre...

—Entró y estudiará. ¿No es eso, Pepito?

Desde los bancos, algunos me indicaban que no, abriendo mucho los ojos.

—Es verdad, —añadió por su parte el maestro,—el niño estudiará sus lecciones, ¿no es así?

—Dí, sí señor, —insinuóme entonces Elena. — Estudiaré mucho y seré callado en clase, dí.—Y á media voz, para el profesor: «esto en casa es el propio diablo ¿entiende usted?»

Él rió; ya lo sabía; los niños son todos así, mientras están con el mimo de sus madres; pero una vez metidos en la escuela, las cosas mudan un poco. Y, guiñando el ojo, designó la palmeta. Elena quedó sorprendida.

—Hace milagros, señora Elena. Digan lo que quieran, hace milagros.

Comprendí la cosa, y comencé de nuevo á *berrear*, con propósito de salir cuando saliese Elena. Ya sabía yo para qué servía aquello, la palmeta...

—Mas para nuestro Pepito, ¿no hará falta, no?

—Dí así: «no señor, porque yo cumpliré con mis obligaciones,» dí.

—¡Esa es la cosa! —interrumpió el

profesor. — ¿Sabe usted, señora Elena? Aquí ya tienen los niños su obligacioncita, sus deberes que cumplir, sus cosas...

—Sí, señor, sí; mientras que en casa...

—En casa, ya sabemos lo que sucede. Todo se vuelve mimos, niñito mío esto, niñito mío aquello. Así se crían á la buena de Dios, ¿sabe usted? ¡Eso es malo, pésimo! ¿Por qué los muchachos son todos porfiados?—Y golpeó sobre un «Monteverde» colocado sobre la mesa, diciendo: —Mire, aquí está, en este libro: *de pepino...*

—... *es cuando se tuerce el pepino*, —concluyó rápidamente Elena, orgullosa de saber lo que decía el libro, ¡pobrecilla!

—Ni más ni menos. ¡Y se ríen de ello! Un pepino es cosa que se cría en la huerta...

Risotadas de los chicos.

—Vamos, ya ve usted, señora Elena. Repare en estos salvajitos. Y entonándose, con la palmeta en alto, frunciendo el ceño:

—¡Silencio, bribones! Silencio, porque si pido licencia á la señora Elena, empiezo por un extremo y recorro todos los

bancos á palmetazos, todos, pero lo que se dice todos!

Y los miró altivo, sereno, amenazador. Con aquella amenaza, los chicos quedaron mustios, cabizbajos, con los ojos fijos en los libros. Era cierto que podía el maestro pedir licencia á la señora Elena, y aun delante de ella *casar* de lo lindo... Una sombra de terror pasó por toda la sala, y se aquietaron; hasta Esteban dejó de hacerme visajes.

—Ya lo ve usted,—dijo entonces victorioso, sonriendo, el bueno del profesor.— ¡Ya lo ve usted! Un maestro sin palmeta es un artista sin instrumentos, no sirve para nada. ¡*Santa Lucia* (1) milagrosa! Aquí donde la ve usted, ha hecho muchos doctores.

—¿Esa?—preguntó ingenuamente Elena, dispuesta á venerar aquel pedazo de madera de boj, como si en realidad hubiese hecho muchos doctores.

—No, mujer; sino fué ésta, otras como ésta, ¡vaya una gracia! ¡Tanto da!

Por la respuesta, bien se ve que la pregunta de la pobre Elena fué indiscreta.

(1) La palmeta.

También él, viejo en el oficio, trató de averiguar muchas veces, con tristeza, por qué motivo su palmeta no hacía ni un un solo doctor... ¡Moriría sin tener esa «gloria,» á buen seguro! ¡Grave martirio, que Elena vino á recordarle!...

Hubo una interrupción; un chico que se levantó y con el brazo extendido pedía salir de la clase.

—¡*Licete!*—fué como dijo, remedando el latín *licet*. Otros decían, por equivocación, ¡*Aniceto!*

—¡Hombre! ya estaba yo admirado,—contestóle el maestro,—de que no pidieses tú ir afuera...—Y lo miró fijamente, meneando con pausa la cabeza.— ¡Vaya, anda allá! El chico salió apresurado, con gran ruido de pies.

—¡Hola! exclamó enfadado el señor maestro.



L. G. S.

El otro asomó á la puerta, contrariado.

—Para otra vez no armes tanto jaleo con esos pies, ¿oyes? No sé si comprendes... Pues ahora que tienes tú tanta prisa, yo no tengo ninguna: haz el favor de esperar un poco.

Empezó á recorrer con la vista los bancos, murmurando:

—Tú no... tú no... tú no... ¡Eh, tú, ven acá!

Levantáronse unos cuantos, prodújose confusión.

—¡Canalla! —gritóles entonces, golpeando con el pie.—¡Atajo de atrevidos! ¡Sentarse todo el mundo!

Gran silencio en los bancos. Uno preguntó desde allí, humilde, si era él, señalándose el pecho.

—Sí, eres tú; ¿para qué quieres los ojos? Avance usted y cuádrese.

Lo miró de alto á abajo. Luego:

—Eso es. Pero esa mano en el bolso no está en el *reglamento*; afuera con ella. Ahora; eso es. ¿Ves allá aquel sujeto, es el de las prisas?

—Lo veo, sí, señor.

—Ya me figuro que lo ves; si no lo vieses sería porque estuvieras ciego: ¿qué tal está el majadero? Pues acompáñalo, ya sabes á dónde. Y cuidado con que tenga que ir yo á traerlos por las orejas.

Salieron. Mas apenas habían pasado la puerta, les gritó el señor profesor:

—¿Hola?

Asomaron de nuevo, aturdidos.

—¿Y bien, cabezas de chorlito, torres de viento, que no falta nada?

Rascáronse ambos la cabeza, muy comprometidos. Faltaba, en efecto, alguna cosa...

—Vamos á ver.

Avanzaron hasta la mitad de la sala, tropezando el uno con el otro.

—Pase por esta vez, en atención á estar presente la señora Elena. —Y arrugando el entrecejo, mandó con aire marcial: —¡Ordinario! ¡marchen!

Faltaba aquello. En memoria de sus antiguas costumbres de militar, daba el señor maestro aquellas voces, siempre que mandaba á algún alumno cumplir órdenes suyas:

—¡Ordinario! ¡marchen!

Me sentó entonces sobre sus rodillas y preguntó:

—Vamos á ver, Pepito; ¿quieres tú ser militar, eh? Así como el señor capitán del destacamento, que está alojado en casa, ¿quieres?

—Corneta, más quiero ser corneta. Ó también como el señor cura, decir misas.

Riéronse. ¿Quién sabe lo que de allí saldría? Pero el señor maestro hizo notar que era bueno que los niños tuviesen ya alguna inclinación. Y comenzó á tirarme de la nariz, á darme palmaditas en las mejillas.

—¿Corneta ó cura, eh? Pues no hay más remedio que escoger. —Y dirigiéndose á Elena: —Pues sepa usted, señora Elena, que los he visto que respondían sin vacilar que no querían ser nada. ¡Mala señal, pésima, señora Elena! Cuando así lo dicen, de ordinario así lo hacen después. Nunca llegan á nada. —Y volviéndose á mí: —¿En qué quedamos, Pepito? ¿Corneta ó cura?

—Prefería ser cura. Siempre me parecía mejor, más bonito, especialmente los

días de fiesta, con aquella capa toda dorada...

—Muy bien, escogiste bien. «*Teja de iglesia...*»

—...*siempre gotea*, —concluyó Elena que todavía hoy está fuerte en adagios. El bueno del maestro había llegado por fin donde quería.

—Quedamos en que cura. Está muy bien, señor Reverendo. Pues mira, Pepito, para ser cura es preciso estudiar, saber leer en el misal, ¿no es eso?

—Sí.

—¡Ah!... No es así como se dice. Es, sí, señor,—corrigiome Elena.

El maestro hizo un gesto de indulgencia.

—¿Pero tú todavía no sabes, por supuesto?

—No, señor.

Él, entonces, fingiendo gran sorpresa, preguntó si lo que yo traía en el saquillo era un libro.

—¿Apuesto á que es un libro?...

—Dí,—insinuó Elena,—es mi libro para aprender á leer. Enséñalo al señor maestro, toma.

Hubo en la sala un murmullo, al ver la cubierta verde, muy satinada, de mi libro.

—¡Muy bien! ¡muy bien!—aplaudió el señor maestro.—Pero este es un libro á propósito para estudiar la carrera de cura... El niño dijo ya en su casa que quería ser cura, ¿no?

Hice que sí con la cabeza. Era verdad aquello; pero, ¿cómo lo sabía el maestro?

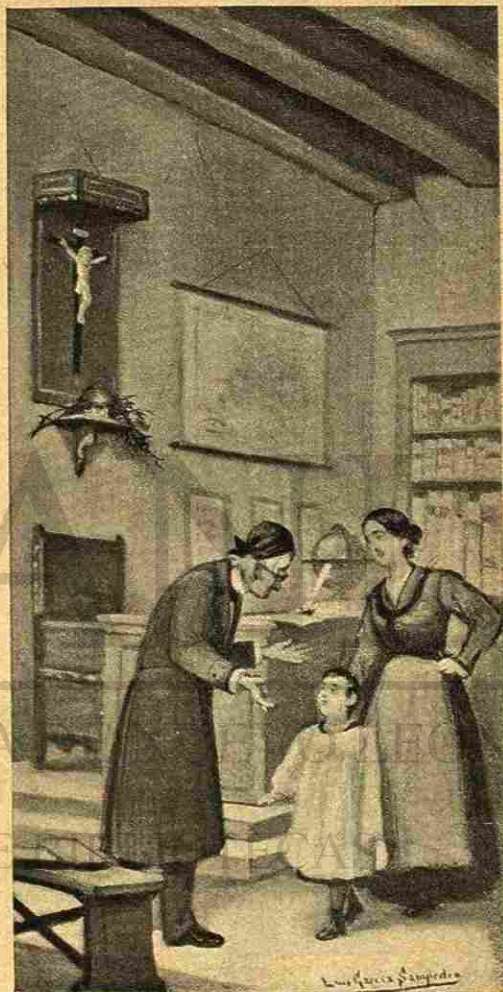
—Bien se ve por este libro. Es libro para cura. Quieres, pues, empezar, ¿eh?

—Quiero, sí, señor,—insinuó todavía Elena, y yo repetí.—Lo que yo quiero es decir misa, cuanto más pronto mejor, dí.

—¿Antes que aquellos?—preguntó volviéndome hacia los bancos.

Entonces fui yo mismo quien respondió: —«Sí, señor,»—contento con la perspectiva de verme diciendo misa y de decirla antes que todos aquellos. Hasta podía suceder que Esteban, el de los visajes, me ayudara en alguna...

—Está muy bien; quedamos convenidos.—Y con intención, recalcando mucho las palabras, para que se grabasen en mi espíritu: —Lo primero que se necesita para ser cura, es saber bien esto, ¿ves?—



Y púsome delante de los ojos el libro abierto por la primera página.—Esto ya es misa, llámase el *abc* y es lo que los curas dicen cuando suben al altar.

—¿Eto? —pregunté curioso, poniendo el dedo sobre la página.

—Sí, esto. Y mañana has de traerme sabido ya desde aquí hasta ahí. ¿Eh? ¿Conformes?

—Dí que sí, niño, dilo. Conformes, sí, señor.

Eran las seis primeras letras. Todavía me acuerdo bien. ¡Mi primera lección!

¡A B C D E F!

¡Mi primera lección!

—¿Pues sabe usted lo que es esto, señora Elena, esto que acabo de hacer?

—Sí, señor, lo sé... es así... como quien dice... es...

—No lo sabe usted, no lo admira, —dijo complaciente el maestro.—Despertar el gusto, señora Elena, despertar el gusto, he aquí lo que es. Aunque no todos los maestros lo hacen, todos deberían hacerlo. El niño, de este modo, estudiará con más gusto, lo aseguro yo, ¡vaya si estudiará!

«Pero no quería entretenerla más; tendría en casa sus obligaciones, sus quehaceres, y ya debía ser tarde.»

—Cierto, señor maestro; pero no sé lo que me pasa, me cuesta separarme del niño... — dijo la buena de Elena casi llorando.

—Fué usted su ama, le dió de mamar, me hago cargo. Pero tenga paciencia. Aprender es tan necesario como mamar, —concluyó en una prosa que era realmente poesía.

—¡Necesario, sí lo es!

Y la pobre Elena me besó para marcharse. Cuando me besó, sentí en la cara las lágrimas de aquella buena amiga. Retirábase ya, dejándome todavía sobre las rodillas del anciano profesor, cuando éste llamó:

—¿Señora Elena?

—¡Señor! — respondió llevándose el delantal á los ojos.

—Espere usted un momento más.

Recorrió con la vista, minuciosamente, los bancos todos de la escuela. Luego, mandó:

—Tú, Francisco, córrete hacia arriba.

Y tú el del lado, como te llames, abajo un poco. — Y volviéndose hacia la pobre mujer llorosa: — Ese es, señora Elena, ese es el sitio del niño. Llévelo allá, que no le pesará.

Y de los brazos de mi profesor pasé á los brazos del ama. Nuevo beso, lágrimas más amargas, — y salió la buena Elena dejándome en mi sitio... — mi primer puesto en la arriesgada milicia de las letras...

Después, sólo ví lo siguiente: el maestro, sonriendo de cara á la puerta y hablando por señas con alguien que fuera estaba. A pesar de mis pocos años, comprendí lo que era. El maestro venía á decir con su mímica:

—¿Palmetazos?... ¿No?... Perdone la señora Elena, pero cuando sean necesarios... Bueno... eso sí... suaves... ¿Eh? ¿con la mano?... Bueno... Descuide... Serán con la mano.

Y ella debió de sonreír entre lágrimas, porque también entre lágrimas sonrió el buen viejo, diciendo adiós...

* * *

...¡Elena, mi buena amiga! Acabo de llegar al fin del viaje que emprendí aquel día. Ya no he de volver más á clase. Vengo hoy á restituirte, querida amiga, aquel beso — ¡dulcísimo beso! — que entonces me diste. Y al cabo, no fué cura, ¿ves?... Mucho mejor. ¡Si lo fuese, creo que parecería mal besarte, mi buena y santa amiga! Pues más vale que no sea cura, más vale... ¿No es verdad, Elena?

En Coimbra
el día de mi licenciatura.



Preludios de fiesta

* * *

...¡Elena, mi buena amiga! Acabo de llegar al fin del viaje que emprendí aquel día. Ya no he de volver más á clase. Vengo hoy á restituirte, querida amiga, aquel beso — ¡dulcísimo beso! — que entonces me diste. Y al cabo, no fué cura, ¿ves?... Mucho mejor. ¡Si lo fuese, creo que parecería mal besarte, mi buena y santa amiga! Pues más vale que no sea cura, más vale... ¿No es verdad, Elena?

En Coimbra
el día de mi licenciatura.



Preludios de fiesta



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



Aquel año, la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores prometía ser de órdago. Comenzando por el mayordomo mayor, todos los de la Comisión eran gentes de respeto, — abonados y decididos. Tanto así, que los fuegos artificiales, lo mejor de la fiesta sin duda, venían allá de Chaves, más lejos que Pekín. ¡Pero habían de ser cosa buena, ni más ni menos! Se había recomendado á mi hombre que trajese algo que representara

una cigüeña. El cohetero respondió que sí, y aun daba á entender que llevaría otros animalejos, toda un arca de Noé, tal vez un mono, si tuviese tiempo para terminarlo.

—¡Guapo hombre! dijo á guisa de resumen el mayordomo, cuando acabó de leer la carta. Y corrió á esparcir la noticia, orgulloso de que, «en su año,» la *cosa* fuese de rumbo! Era cuestión de pique. El año anterior, José de Loja, que había sido mayordomo, se alabó de sus fuegos, sólo porque trajo una pieza que era un castillo que soltaba truenos, así: ¡Pif! ¡Pum!

—¡Ahora verás cómo te compongo yo!...—murmuró para sus adentros Antonio Fagote. Y sonreía satisfecho, figurándose ya cómo, en la noche de la alborada, todo el pueblo lo aclamaría, dándole vivas por los fuegos que trajera. Esparcióse la nueva. Una hora después, nadie hablaba en el pueblo de otra cosa.

—¿Ya sabe usted lo que hay?

—Lo sé. La cigüeña.

—La cigüeña y, además, un caballo, un becerro.

—Lo que yo tengo ganas de ver es el camello. Feo bicho, ¿usted vió alguno?

—Pintado. En el *Monteverde*, si no me equivoco... Al principio del *Valiente Rey Arauco Fiel*.

Equivocábase.

El escribano de actuaciones, que era muy bromista, encontróse en la calle con Alves, el fiel contraste.

—Por fin, amigo Alves, por fin voy á tener el gusto de verlo á usted arder.

El otro no entendió. «Explíquese...»

—Un oso; en el castillo se quemará un oso.

—Entonces ardemos los dos,—replicó amoscado Alves.—También se quemará un burro.

En un dos por tres, Antonio Fagote se vió con la casa llena de gente. Quién no iba, enviaba recado: todos querían saber si traerían el animalejo de su predilección.

Mi hombre empezaba á enfadarse.

Llegó incluso á mandar que se cerrase la puerta por dentro.

—Poner la tranca, si es preciso.

Pero del lado de la calle, gritaban:

—¡ Señor Antonio!

Y resonaban en la puerta los alabanzos:

—¡Trás! ¡trás! ¡trás! ¡ Señor Antonio!

—¡Caramba! El diablo cargue con él, —contestaba allá dentro mi hombre, furioso.

—Haga usted el favor. Sólo dos palabras.

Asomábase entonces á la ventana Antonio Fagote, con las antiparras en la punta de la nariz y la carta del cohetero en la mano:

—¿El camello?—preguntaba enfadado.

—¿El oso? ¡Ustedes sí que son camellos! Lo que el hombre dice es esto.

Y leía la carta, terminando así:

—Una cigüeña, otros animalitos quién sabe cuáles, y tal vez el mono, si hubiese tiempo para terminarlo. Y ahora, ¿están ustedes enterados?...—Quitábase los espejuelos y se retiraba, ganoso de zurrar á todo el mundo.—¡Voto va!

Allá, para sus adentros, pensaba que hubiese convenido más guardar el secre-

to! ¡Buen tonto había sido!... Ahora, cada cual se daba á inventar animales, y todos no podían venir. ¡Claro! Y no viniendo todos, ya tienen ustedes á muchos vecinos descontentos. Y habiendo descontentos, quien salía ganando era José de Loja.

—¡Ya la tenemos armada!—decíase afligido el señor Fagote, amedrentado con aquel espectro de José de Loja, ¡su rival! Para mayor tormento, había llegado ya á sus oídos que el otro auguraba mal del asunto...

—¡Fanfarronadas!—había dicho José de Loja.—¡Fanfarronadas!

—Pues si me lo dice en la cara, lo reviento, —vociferó Fagote cuando tal supo.

Y lo reventaba, de fijo, porque Fagote era hombre para eso; tenía puños. Desde rapaz rodeaba su nombre una leyenda de valentía: contábanse de él proezas, á partir de cierta vez que desbarató una feria por causa de elecciones. Aparte de esto, ¡gran ojo para la escopeta! En una ocasión en que hubo que perseguir ladrones, se portó como un león; él fué quien dió

el alto al jefe de la cuadrilla. ¿Y cómo lo dió? La frase se hizo célebre:

— Te como el alma, si te mueves!

Y el otro no se movió, ¡porque le comía el alma, de fijo! — comentaba la gente, convencida.

Como ésta, otras muchas. Y tal vez por



tales proezas, adquirió su figura, en la vejez, el aspecto rígido que tenía. Frisaba en los sesenta años, y todavía impresionaba su actitud viril. No era grueso, pero sí sanguíneo, de tez morena, cara rapada, ojos pequeños y una anchura de hombros que constituía el principal indicio de fuerza. El pescuezo corto. Al saltar, cuando cerraba los puños y arremetía con ímpetu, conocíasele la fortaleza de los músculos en aquel movimiento enérgico.

— ¡Guarda, que es de hierro! — decían los rapaces.

Pero con esto y todo, buen hombre, de una gran franqueza en los modales, simple y afable. Para que perdiese los estribos era preciso pincharle mucho. Y una vez, siendo juez ordinario, tanto le picó un testigo en juicio, que bajó del estrado, fuese para él y le rompió la cara. Por eso hablaba en serio cuando prometía reventar á José de Loja. La mujer intervino, pacificadora.

«Que no hiciese caso de habladurías. Deja á ese hombre, que no es tan malo como lo pintan.»

—Vamos, mujer, chito el pico y no defiendas á ese vejancón,—replicó Fagote. De lo que él es capaz ya lo sé yo.

Pero entonces, de todas las bellaquerías de José de Loja, sólo recordaba una: ¡haber sido mayordomo en el año último!

Esto parecíale como efecto de una bellaquería cometida contra él, que era mayordomo ogaño.

—¿Qué te figuras?—decíale á su mujer.

— Quien me trajo la fiesta á casa fué él.

Él quien se cuidó de escogerme, como quien dice: te entrego la vara, ahora veremos cómo te las compones...

—En nombre del Padre, del Hijo...—

Su mujer se hacía cruces «de las ideas de su Antonio.»

—¡Sean ideas ó no sean! — afirmó Fagote.— Ello fué como lo digo, así Dios me salve.

—¿Pero quién te lo dijo, hombre, quién te lo dijo?

—¿Quién me lo dijo? ¡Otra que tal! — y mostrando el dedo meñique de la mano derecha: — Fué este dedito. No falla.

Y entonces se desahogó: «que no se figurase José de Loja que lo iba á poner en un apuro. ¡Apuros á él! La fiesta se haría, y fiesta de rumbo; no por cierto como la de él, que sólo llevaba seis ángeles y no sé cuántas andas, ¡creo que media docena!»

—¡Vaya, mujer, para que sepas hasta dónde llega el valor de un hombre! ¡Caramba! Si fuese preciso, ¿oyes? si fuese preciso, hasta vendería la camisa. ¡Ni treinta faroles como el farol de José de Loja podían con él! Y asestaba los

coléricos ojos sobre la mujer, que remendaba unos sacos, compungida de ver en estado tal á su Antonio.

Comenzó entonces á dictar de nuevo órdenes y recomendaciones, que la mujer estaba ya harta de oír. «Pero las cosas se piensan despacio, y no á la hora crítica.»

—Si no hay por aquí lechones, envía á Miguel á los pueblos cercanos para que los busque. Han de ser de siete semanas, tres por lo menos.

La mujer repuso: «con dos había bastante...»

—¿Ya empezamos?— Y púsose á silbar y á golpear con el pie en el suelo, enfadado.— ¡Tres han de ser! No quiero dos, porque dos tenía el *otro*, el año pasado.

A este argumento, la mujer calló. Antonio Fagote gustó de este silencio, que lo lisonjeaba en sus despechos contra el *otro*.

—Ahora no gruñes...—insistió, risueño.— Así me gustas. Señal de que tienes vergüenza. La *otra* tampoco es más que tú.

La *otra* era la mujer de José de Loja, por supuesto.

—Ni más ni tanto,—enmendó Luisa Fagote picada.

—Eso mismo,—afirmó el mayordomo de la fiesta.—No me acordaba de que antes de casarse...

—Pues mira que después de casada... —intimó la señora Luisa, levantando la cabeza y enhebrando la aguja. Más vale callar.

Damos por supuesto que calló, efectivamente. La verdad es que no calló. Pero en este punto conviene omitir el resto del diálogo, incluso porque, después de todo, ni ustedes ni yo queremos mal á la mujer de José de Loja. Ha de perdonarme Antonio Fagote, pero en esto no le doy por el gusto. ¡El pudor sobre todo! Y además, él bien sabe que soy conocido de la mujer en cuestión. Adelante. Baste decir que por una asociación lógica de ideas, la conversación vino á parar en terneras...

—Es preciso pensar cómo ha de ser eso de la ternera,—dijo Antonio Fagote.

—Sin ternera, nada puede hacerse. Una pierna siempre se gastará.

Acordaron hablar con tiempo á Manuel Cortador, y dejar resuelto este punto. Para mayor fuerza, sabíase que el predicador se despepitaba por un buen pedazo de ternera asada.

—El predicador sí que se lleva á la gente de calle,—observó la señora Luisa.—Para un párrafo de sentimiento, no hay nadie como él. Cuando vino en las misiones, ¡qué de cosas decía desde el púlpito! ¡Lo que es el saber!



—¡A mí se me debe el que venga! —dijo orgulloso Fagote.—Mi hombre no quería venir, disculpábase con su mal estado de salud: que tenía que ir á unos baños, y que catorce leguas á caballo, con estos calores, eran para acabar con él.

— ¡Apenas si acudirá gentel ¡En sabiendo que es el misionero!...

En esto iban, cuando llamaron á la puerta. Fagote se asomó por la ventana.

— Bien, muchas gracias. Es la señora maestra. Estimando, estimando.

Era la criada de la maestra pública. Abrieron.

— La señora maestra, envía muchas expresiones; que cómo sigue la señora Luisa y esta cartita para el señor Antonio.

Entraron todos en la sala. Como ya era tarde, Antonio Fagote salió á encender una luz.

«Que hablasen mientras él iba á ver si tenía contestación.»

— Mucho calor hace,—comenzó á decir la señora Luisa.

— Sobre todo, en casa de la señora maestra, que es un puro horno,—añadió la criada.

Y antes de que se enredase la conversación, advirtió á la señora Luisa, al oído, que le quería decir una palabrita.

Trasladáronse á una galería que había en la parte de atrás de la casa. Iba cayendo la tarde, en una suave calma. Sen-

táronse una junto á otra, con gran familiaridad.

— Aquí se está muy bien,—exclamó satisfecha la señora Luisa.

— Cierto. Y además, hay muy bonitas vistas. Pero lo que yo quería era pedirle un favor,—dijo confusa la criada.

— Si está en mi mano...

La otra empezó: «La señora Luisa estaría enterada de lo que se decía de ella con el criado del inglés. Seguramente que estaba enterada. Pues era mentira. Jurábale por lo más sagrado, que era una completa mentira.»—Estamos para casarnos, eso es lo que hay! «Él había ya pedido á su tierra los papeles, que no podían tardar.»—No hay qué decir que le tengo cariño al muchacho...

— Estuvo enfermo una temporada,—interrumpió la señora Luisa, por decir algo.

— Cierto. Unas cuartanas que lo iban consumiendo. Pero á eso voy.

— Que tome limón ágrico,—aconsejó la señora Luisa.— Es milagroso para las cuartanas. No se aflija usted, que eso no será nada.

Y dispónfase á consolar á la muchacha, á comunicarle todo lo que sabía de bueno para curar las cuartanas, creyendo que eso era lo que ella pedía.

—No, señora. El muchacho está mejor. El caso es que no recaiga. Y precisamente por esto es por lo que quiero pedir á usted un favor.

Acercó á ella el banco, y secreteó:

—Andan ya incitándolo para ir con los demás á robar la bandera, cualquier noche. É irá; prometió que iría. Y usted considere, ¡en ese estado! apenas hace nada que salió de la cama.

—Por lo visto, los chicos van este año lejos por el asta, —dijo pomposamente la señora Luisa. — ¡Muy lejos!

—Oí decir que á Ribera Vieja, al prado de Canellas. ¡Mire usted con quien se van á meter, con Canellas! Si sospecha algo, se planta allí con la cachiporra y hay alguna desgracia. ¡Sobre todo él, que es tan atrevido!

Cautelosa, la mujer del juez replicó que lo que ella no sabía era dónde iban á ir por el palo.

—La otra noche estuvieron concertán-

dose en punto á eso mi Antonio y los mayordomos. Nada oí.

— ¡Pues es allá! — exclamó la criada. — Pero lo que yo quisiera, señora Luisa, es que su marido no me dejase ir el muchacho en la partida, — suplicó afligida la criada.

— ¡En cuanto á eso, vaya usted descansada! — prometió con gran autoridad la señora Luisa. — Le digo á usted que no va. Y si no quiere usted otra cosa...

— Sólo era esto, muchas gracias, señora.

En aquel momento entró Fagote, en mangas de camisa, los anteojos sobre la frente.

— ¡Vaya, aquí está la respuesta! Mala letra hice, que la señora maestra perdona. Pero, en fin, que lo lea como pueda.

— ¡Mucho que hacer tendrá usted con la fiesta? — preguntó solícita la muchacha.

— Mucho. ¡Hágase usted cargo! Todos los días hace falta alguna cosa; ahora esto, luego aquello. Hoy mismo envié á pedir á Porto una boquilla para el clarinete de Alves.

—¡Ah! — exclamó admirada la muchacha.

—Ni más ni menos. ¡Y no pára ahí la cosa! ¡Como que es broma! — Y después de una pausa: — Sólo con lo que se gastará en la comida, y cuente que hay mucho en casa, pero sólo con lo que se ha de comprar, diga usted que se podría hacer una huerta, más allá del prado.

— Mucha gente habrá... — dijo la muchacha.

—¡Mucha! y de importancia... En la mesa, tal vez haya veinticuatro personas.

La muchacha se santiguó.

—Veinticuatro: más bien más que menos,—insistió Antonio Fagote.—Cuente: el predicador...

—¡Dicen que es cosa superior! — interrumpió la criada.

—Lo es. No lo hay mejor. Misionero...

—explicó el juez. — Decíamos, el predicador, uno; más cuatro curas, cinco; cuatro músicos, nueve; el compadre y los pequeños, dos, doce.

—¿La comadre, no vendrá? ¡qué lás-

tima! — exclamó por su parte la señora Luisa.

—No. Dije que el compadre y los niños, doce; Morgado de Fonte y Antonio Capador, catorce; Telles, se me olvidaba, quince (*Pausa*). Con alguno más



que venga, son veinticuatro. Se puede contar con más de veinticuatro personas en la mesa. — Y riendo, añadió: — ¡Pero ha de sobrar mucho, gracias á Dios!...
¿Y luego, los pobres?

—¡Esa sí que es plaga! — exclamó la señora Luisa. — Parece que salen del suelo así... Y colocaba en piña todos los dedos de ambas manos. Así...

Perq hacfase tarde y la muchacha se despidió.—«Adiós. Lo que apetecía es que todo saliese á medida de sus deseos.»

—Y si algo necesitasen... ella se ofrecía. De su inutilidad...

—Gracias. No faltarán ocasiones. Muchos recuerdos á la señora maestra...

—Y que me alegraré que el hermano llegue con salud,—concluyó Antonio Fagote.

Y luego explicó á su mujer: «Aquella carta de la maestra era para preguntarle si era cierto que venía un mono en los fuegos.»

—Dice que el hermano, el brasileño, así que supo que había mono en la alborada, se dispuso á venir. Y Dios lo quiera, porque lo meto en el palio. Como dos y tres son cinco.

La señora Luisa quiso saber la respuesta que enviaba su marido.

—Le digo que sí. ¡No que no! Lo que yo quiero es ver aquí al brasileño. Es hombre que sabe dar valor á las cosas... ¡Pero el diablo es eso del mono!—ponderó con gran zozobra.—Medio mundo hay esperando el mono...

La señora Luisa quedóse meditabunda, absorta en su recelo de que no viniese el animalito.

—¡Tate! —exclamó Antonio Fagote dándose una fuerte palmada en la frente.—Tráeme la chaqueta. Le envió un parte á mi hombre.

—Bien pensado está,—apoyó la señora Luisa.—Pero hoy no puede ser, está cerrada la estación.

—Irá mañana. «Agradezco favores. Traiga el mono sin falta.» Eso es. Tal vez añadida: «No lo deje por el precio.» Lo añadido, de fijo, para que no haya duda.

Entonces la señora Luisa murmuró, casi al oído del marido:

—Escucha. Ya no se puede ir al prado de Canellas por el palo.

—¡Eh! ¿qué palo?

—El de la bandera. Todo el mundo lo sabe.

Se echó á reír.

—Todo el mundo, ¿eh? ¡Mejor! ¡Oh, oh! ¡todo el mundo!...

Y como ella quedase estupefacta,

—¿Nunca oíste decir que se pone el

ramo en una puerta y se vende vino en otra?

— ¡Ah!

— Pero están frescos. Ahí está la gracia; y cantó satisfecho:

El ladrón del mirlo negro
Donde fué á poner el nido.

* * *

Pero lo mejor del caso fué al día siguiente, cuando, muy de mañana, Antonio Fagote oyó llamar recio á la puerta.

— ¡Mira á ver quién es, Luisa! — dijo desde la cama Fagote, sobresaltado.

Y al momento, entró José Manco en la alcoba, de sopetón.

— ¡Vístase, hombre! ¡Ande aprisa! Vístase.

— ¿Hay novedad? — preguntó al punto Fagote, doblemente sobresaltado.

— ¡Vístase, con diez millones de diablos! — insistió el otro.

— ¿Pero qué es? — dijo espantado Fagote. — ¿Algún muerto?

— ¡Peor que eso! — contestó José Manco.

— ¿Peor que eso? pues no caigo...

— No tardará usted en saberlo. Avíese, que yo lo aguardo en la calle.

Antonio Fagote se vistió de prisa, aturcido. En la calle acabó de ponerse la chaqueta. Colgábanle las cintas de los zapatos, y no llevaba sombrero.

— ¡Listo! ¡aquí estoy!

— Venga conmigo, apresúrese. Abotónese los pantalones, si quiere.

Y corrieron calle adelante.

— ¡Diablo! ¿Pero qué es ello?... — iba preguntando Antonio Fagote.

— Aguarde, que ahora lo sabrá. No tarda un minuto.

En cuatro zancadas plantáronse en el atrio de la iglesia.

— ¿Robaron el Cristo, no es eso?

— ¡Peor! — replicó el otro. — ¡Peor!

¡Alto aquí! Ahora levante usted los ojos y vea usted eso, esa porquería.

Y trágicamente, José Manco señaló media hoja de papel, pegada en la torre con pan de centeno mascado. ¡Era un pasquín! Varios dibujos de animales,

sobresaliendo el de un burro de grandes orejas, dando coces. Y en el fondo, en grandes caracteres, esto: FANFARONADA.

Por un momento, Antonio Fagote, con las manos cruzadas á la espalda, quedó absorto, mirando fijamente el papel.

Y cuando el otro pensaba que iba á romper desatinadamente en alguna exclamación, apenas si asomó á los labios de Antonio Fagote una sonrisa:

— ¡Hum! — rezongó. — Ya sé...

— ¡No lo tiene que saber! — dijo el otro.

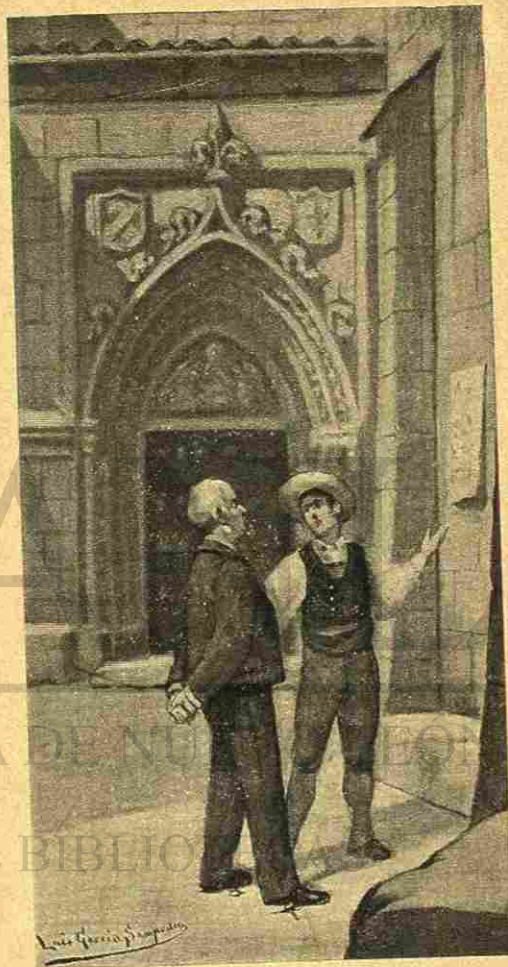
— El bribón de José de Loja.

— Claro es.

— Bueno; se chupará cuatro sopapos, — concluyó con gran sosiego Fagote. — Arranque usted eso de ahí y véngase conmigo, si quiere ver.

José Manco no quería ir. Se lo figuraba. Mas opinó prudentemente que era mejor despreciar á aquel bribón.

— Nada de eso, — dijo Antonio Fagote doblando el papel en cuatro y metiéndoselo en el bolsillo interior. — ¡Nada de eso!



Pero el otro, que lo conocía bien, insistió en su opinión, con ciertos argumentos tomados del Código penal. «Que no fuese ahora á tomar en serio á semejante estafermo. Como mayordomo, también á él le tocaba la ofensa, á él, José Manco. Pero se hacía cargo... Como dijo el otro, eso son ladridos á la luna.»

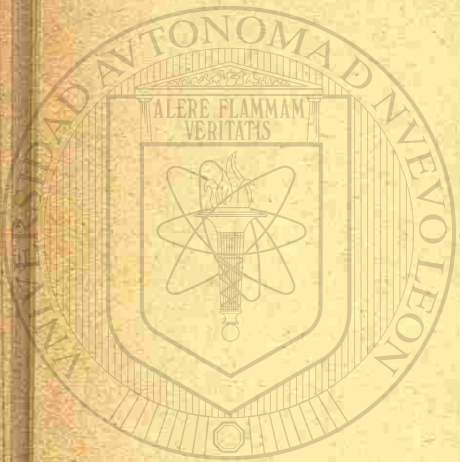
—Bueno, llevará sólo un sopapo en atención á que nadie más ha visto esto, —dijo con grandes aires de condescendencia Fagote.— Y usted se va á regar la huerta.

Marchó directamente á casa de José de Loja. Aún estaba cerrada. Púsose en acecho de lejos, con la ira exacerbada por la contrariedad de aquella demora.

—¡Perro! ¡Perro! —murmuraba.

Hasta que, al fin, reparó que la puerta se abría. Era el tendero en persona, puesto de chaqueta de hilo y alpargatas de cintas, muy fresco. No advirtió la presencia de Antonio Fagote hasta que lo vió junto á sí, cara á cara, entre el balcón y la puerta.

—¿Señor José?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué se ofrece?

—Vengo á averiguar una cosa.

Sacó del bolsillo el papel, lo desdobló con toda calma, y luego de ponérselo delante de los ojos:

—¿Fué el señor José, quien hizo esto?

El otro miró el papel, atónito.

—¡Sí! Sí fué el señor José quien hizo esto.

—No, yo no fui.

—¿Lo jura usted por la salud de sus hijos?

Aquí el tendero vaciló, desconfiado.

—¿Lo jura usted por la salud de sus hijos? — repitió con más fuerza Fagote.

José de Loja no contestó. Entonces, el mayordomo aclaró su idea.

—Es porque si usted jura, muy bien. Si no jura, el caso es distinto.

—Distinto, y ¿cómo?—dijo con arrogancia José de Loja, en un ímpetu, avanzando la hinchada barriga cubierta con la chaqueta de lona.

—¡Así!—Y le cayó un bofetón sobre la cara.—Y callandito, que yo tampoco diré nada de esto. Ahora vea usted lo

que hago con el papel.—Lo hizo pedazos y se los tiró á la atontada cara.

Apartóse de allí y fuese á *matar el gusano*, tranquilamente, como quien viene de cumplir una obra de misericordia.

*
*
*

La víspera de la fiesta, un sábado á las diez de la mañana, el cohetero entró al fin por un extremo del pueblo, en dirección á la capilla de Nuestra Señora de los Dolores. Disparó un cohete, que estalló en el aire con gran gallardía.

—¡El cohetero! ¡Llegó el cohetero!

Recorrió la villa un gran estremecimiento de entusiasmo cuando sonó el cohete. Con la novedad, los perros ladraban, corriendo locamente por las calles. Los chiquillos movieron gran algazara y salieron al encuentro del cohetero para admirarlo y ofrecerse á él. En el interior de las casas renovábanse órdenes ya transmitidas antes. Aquel cohete era, en rigor, el primer ruido de la fiesta, no había tiempo que perder. De las vivien-

das de los mayordomos salían despavoridas las criadas, con orden de enterarse si necesitaba algo «el señor cohetero.» Algunos, más previsores, enviaron al criado, para que dijese lo que quería de comer.

Solemnemente, el mayordomo mayor atravesó casi á la carrera la villa, preguntando á todo el mundo si, efectivamente, aquello había sido un cohete.

—¡Fue cohete! ¿Qué duda cabe?—contestábanle radiantes. ¡La cosa prometía, sí, señor! prometía. Si fuesen todos así... ¡caramba! ¡qué estruendo! ¡Pum!

—Eso es para que se vayan ustedes enterando,—gritaba Antonio Fagote.—¿Y luego esto?—y púsose á hacer molinete con el brazo—¿las piezas giratorias? Pero se había visto en calzas prietas para que el hombre no faltase. ¡Complicaciones! Por lo visto, lo habían solicitado para otra fiesta, ofreciéndole más dinero, por supuesto. El apuro había sido serio.

Mentía.

—¿Eh? ¿Pero no lo engañaban?

—¡Ca! Era el cohetero, sin disputa.

Allá iba atravesando las eras, con dos caballerías cargadas. ¡Caramba! ¡Dos cargas de fuegos!

El juez apretó á correr. Al pasar por la puerta del cura, gritó desde la calle:

—¡Señor cura! ¡Señor cura!

—¿Qué ocurre?

—Lléguese á la puerta, haga ese favor.

—Hace mucho sol; entre usted, si quiere.

—Sólo dos palabras.

El cura, un muchacho joven, asomóse á la puerta.

—¿Qué hay?

—Llegó nuestro hombre.

—¡Nuestro hombre! ¿Qué hombre?

—El cohetero, ¿quién ha de ser?

—¡Ah, sí! —dijo el cura riendo, con sorna.—¿Y usted va á buscarlo?

—Derechamente.

—¿Quiere usted, pues, hacerme un favor?

—Diga.

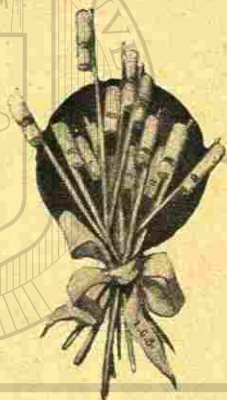
—Déle expresiones de mi parte.

Y retiróse de la puerta, riendo; mientras Antonio Fagote proseguía su camino, despavorido, haciendo aspavientos, pre-

guntando á todo el mundo si era efectivamente el cohetero.

— ¡Gran hombre, con seiscientos diablos!

Cuando llegó al atrio, lo halló todo lleno de chiquillos, alrededor de los dos



mulos cargados. Fagote estuvo á punto de morir de gozo. Fuese hacia el cohetero, con ímpetu.

— ¡Vaya un apretón! — y lo abrazó arrebatado, enternecido, llamándole «su amigo, su mejor amigo.»

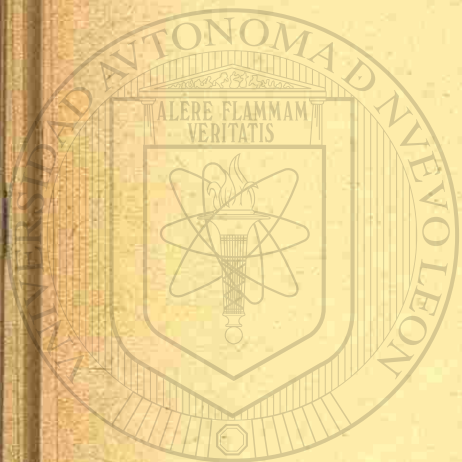
— ¡Chicos! — gritó luego. Y quitán-

dose el sombrero con gran solemnidad:

— ¡Viva el señor cohetero!

— ¡Vivaaa!...

...No me atrevo á jurarlo, porque no reparé en ello; pero estoy por decir á ustedes que Antonio Fagote... ¡lloró!...



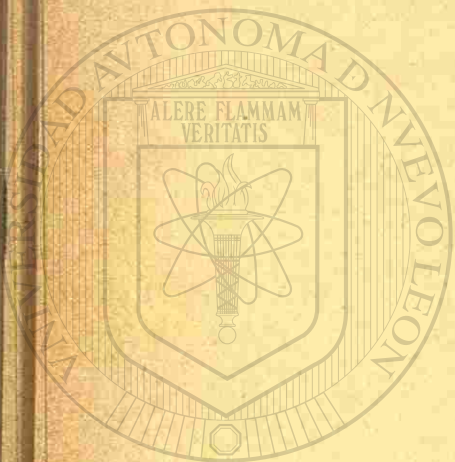
Índice

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



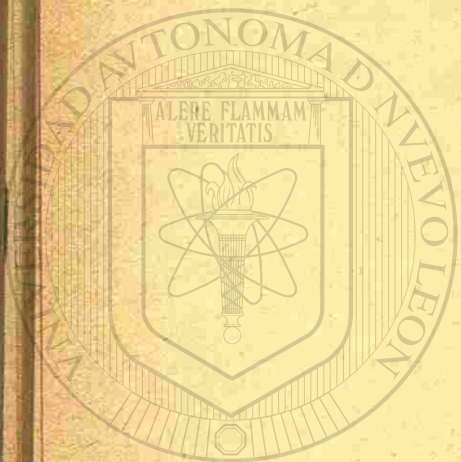
Índice

Advertencia preliminar.	5
Última dádiva.	11
Idilio rústico.	35
Sultán.	65
Abyssus Abyssum...	99
¡Madre!	127
¡Vae Victoribus!	147
Maruja.	165
En la escuela.	181
Preludios de fiesta.	201

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO
DE SALVAT É HIJO,
EL 2 DE ENERO
DE 1899

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



